

Lo que vale un peine

Relatos

Germán de Patricio Ansón

ÍNDICE

Marzo. Un tren por Alemania en 1990	3
Sexotoño en Amsterdam	7
Desde aquí se ve el mar: No me había dado cuenta . . .	11
Un momento de gloria. Amsterdam y decadencia . . .	13
La Distorsión de Sisebundo Cebolla	26
¡Fuera! Weg!	31
Marisco gratis	35
Sodoma y Moncloa	42
Nuestro <i>gachó</i> en Varsovia	49
I just run out of memory	59

Marzo

(Publicado en *Europa Sur* el 12 de abril de 1992)

Hace mucho que sucedió esto, y no sé por qué he tenido que recordarlo justamente ahora, años después y de madrugada dominical. En fin.

Yo viajaba en tren aquel invierno, posiblemente corría el mes de marzo. Era la primera vez — y hasta ahora la única— que visitaba Suiza, y, si he de ser sincero, no me entusiasmó nada. En Zurich me asaltaba caprichosa e insistentemente un destello mental muy curioso: la imagen de un donante, entre cuatro paredes blanquecinas de azulejo de hospital, al que le conminaban: *Venga, ¡mastúrbese! Tiene que darnos su semen, ¿a qué espera?* Bah, es una idea sin sentido; cuando viajo por vez primera a un lugar, mi magín se torna caprichoso. Yo venía de Milán, y poco después llegaba a Stuttgart. La única persona que conocía allí era una tipa gorda con la que había compartido piso en la calle San Bernardo en Madrid. Andrea, un lunar postizo. Una de estas señoritas feas que pegan grititos y pretenden hacerse pasar por lascivas y libidinosas, señoritas de culo fofo y verbo lúbrico. A estas mujeres los vaqueros, la democracia y la educación mixta pienso que les ha hecho una mala faena, pero en fin. La llamé. No se acordaba ni de mi nombre. *I don't speak Spanish anymore, that's all over, and besides I'm very very busy.* Adiós, Andrea. *Auf Wiedersehen.*

Recuerdo que en la estación de Stuttgart conocí a un macaco inglés que practicaba alpinismo en Hannover, un homosexual español muy bajito, y perros pastores asesinos que en la mirada se parecían a sus amos policías. Un desequilibrado me impidió plantar mi tienda de campaña en el parque, así que dormité en la sala de espera entre los borrachos y los mendigos.

Al día siguiente, yo quería ir a Köln, donde conocía un par de números de teléfono; quería probar, por si acaso, antes de cruzar la frontera holandesa y saltar a Nijmegen, que era mi verdadero destino. Bien, hubo suerte.

Alguien me aconsejó visitar una oficina donde conductores con el coche vacío buscaban viajeros que compartieran los gastos de gasolina. Me tradujeron del alemán al inglés, pagué unos marcos, y me senté dentro de un Volkswagen metalizado con calefacción y cartel de *No Smoking*. Hola, cómo estáis, *sorry I don't speak any German*, éramos tres y la conductora, y nadie se conocía. A mi lado, una chica alemana rubia se quedó pronto dormida; no sólo no cruzamos una palabra: es que apenas cruzamos una mirada. Yo era un viajero mediterráneo que miraba extasiado por la

ventana. Ella, una ciudadana cansada.

Las horas transcurrían lentas. El sol se puso. Me sorprendí y sobresalté cuando finalmente el automóvil frenó y todos se apearon. *Köln?*, pregunté. *No, this is Bonn; I don't go further.* Debí mostrar tal cara de perdido y desconcertado que las otras dos chicas se ofrecieron a ayudarme. Había que tomar un tren de cercanías. Casualmente una de ellas iba a Köln, capital. En el vagón las dos coclearon incesantemente en alemán granizado, hasta que en cierto momento una de ellas se despidió y se bajó en una estación: andén, soledad, viento y luna.

Nadie quedaba en el vagón. El tren se arrastraba diligentemente calvinista hacia la ciudad eterna de la catedral y absolutamente nadie además de nosotros dos quedaba en el vagón. Entonces la miré.

Las galaxias de las inmensidades siderales tendrán su orden aunque yo no lo conozca. ¿Por qué al arrojar el dado ha salido —pongamos— un cinco? Me fascina pensar que entre los dos, la galaxia inabarcable y el diminuto dado de madera, hay algún tipo de nexo, ya que desde un punto de vista global no se detecta diferencia cualitativa alguna entre ambos cuerpos. Si me olvido por un momento de mis despreciables medidas corporales, ¿cómo me arrogaré el derecho a establecer la superioridad de uno sobre el otro? Como canicas en una teo-caja de zapatos, se influyen mutuamente. Miré a la mujer alemana, algo mayor que yo; era la que había sesteado junto a mí en el coche. Yo tenía los ojos llenitos de dados y ruletas siderales y, *I come from Spain*, le dije de repente. Ella abrió mucho sus párpados. Se asombró. Ella había estado en España, conocía algo, pueblos que yo jamás pisara ni quisiera pisar; se volvió amable, dijo cosas profundas sobre los españoles que mi edad demasiado juvenil y mi torpe inglés me impidieron entender. Nos animamos mucho; bromeamos, reímos.

¿Dónde deberías ir, en Köln?, me preguntó. Le mostré una dirección en mi agenda de bolsillo; ella sonrió observando mi mochila sucia y mis botas de autoestopista y se ofreció a llevarme en su coche, aparcado junto a la Estación Central. Bien. Seguimos conversando, hablamos de política, de arte, de literatura, de sexo. De toros: le encantaban los toros, la literatura y, decía, el sexo. Volví de nuevo a preguntarme hasta qué punto los individuos del norte de Europa pueden vivir instantes apreciándolos como mágicos. Porque para mí aquello era mágico. Estaba encontrando decenas de puntos en común con alguien cuyo país visitaba por primera vez, y a quien conocía de la forma más casual del mundo. Ella sonreía de una manera que yo llamaría picante en una mediterránea, lo cual me mantenía en pura expectación, intrigado, pues los gestos de las mujeres protestantes son para mí un significativo vacío.

Seguimos conversando, *ja natürlich*, ella quería volver a España, salimos del vagón, tomamos el metro, ella incluso hablaba algo de español, el diálogo se fue tornando más y más denso, más y

más cercano, más y más íntimo; y cuando por fin nos montamos en su coche me preguntó: *¿Qué harás si tu amiga no está en casa?*

Por supuesto era la posibilidad más lógica; hacía un año que no me escribía con Bárbara Schmidt. Podía haberse mudado, haberse ido de vacaciones, haberse muerto, cualquier cosa, y por supuesto no se me había ocurrido llamarla antes por teléfono y por supuesto las calles de Alemania en invierno a las once y media de la noche no son el mejor lugar para hacer amigos y turismo.

El coche arrancó. Miré a mi acompañante con la respuesta a punto de salirme de la boca. Mientras la calefacción apenas empezaba a funcionar, encendí un cigarrillo y lo pasé de mis labios a los suyos. Me sonrió ampliamente. Pero, maldita sea, eran significantes demasiado poco individuales para mí.

En el camino a la Schutzlosstrasse hablamos de Alemania del Este, del comunismo que había comenzado a derrumbarse, de Picasso, de Herman Hesse, de Sevilla y de Thomas Mann. Yo temblaba con algo parecido a la alegría convulsiva, a la felicidad de un reconocimiento irreprimible. Dos o tres veces me repitió la misma pregunta, *qué harás si no encuentras a tu amiga*. A mi conocida, pensaba yo, a ésa de quien no recuerdo ni la cara. *No sé, no sé, nunca he estado antes en Köln*, murmuré. *Y además es tan tarde*, añadió ella, *y no debes de tener mucho dinero, seguro que no podrás ir a un hotel. Y yo estoy sola en casa*.

Al cruzar los primeros semáforos de la temida Schutzlosstrasse, la muchacha dijo, casi saltando, que en caso de no encontrar a mi conocida yo debía ir a su casa aquella noche. Recordé que aún llevaba una botella de excelente vino español en la mochila y una piedra de hachís algecireño en el bolsillo: lo puse a su disposición. Me pregunté, antes de salir del coche para buscar a la tal Bárbara, si la dirección no podría estar equivocada. Ojalá Bárbara y Andrea se parecieran. No sé qué maldita frase dije del *Fausto*, mi acompañante la tradujo, entusiasmada, a su original germano, y luego, con peculiar acento, entonó de memoria: *Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde en que su padre lo llevó a conocer el hielo*. Dios mío, quise, deseé besarla.

Llegamos al número en cuestión, digamos el doscientos. Gran sorpresa: la dirección de mi agenda solamente señalaba la calle y el número —pero en el portal lucían una docena de botoncitos de portero automático. Todos en el doscientos. Me alegré de no saber alemán, y de que los septentrionales respetaran más las horas que nosotros. Los dos nos miramos. Ella volvió a sonreír enigmáticamente, pero, maldita sea, maldita sea, el significante seguía estando vacío.

—Voy a llamar a un timbre —me dijo—, y si no es, nos vamos. Uno cualquiera, porque no se ve ningún nombre.

Hacía frío. Mucho frío. Una voz nasal surgió del negro altavoz. No pude resistirlo: miré a mi

acompañante y le rogué con la mirada que no respondiera. Que callara, que olvidara.

Demasiado tarde. Se cruzaron un par de frases interrogativas en el idioma sajón, la voz del agujero metálico se alegró y excitó. Pensé que Bárbara era una estúpida, con su novio el turco ingeniero.

—¿Germán? ¿Eres tú? ¡Qué sorpresa! ¡Sube, por favor!

Momentos mágicos, nosotros los mediterráneos, los cantores embusteros. Nos miramos. Empezó a llover.

—¿Subes, Germán? ¿Has abierto ya la puerta?

Quise preguntarle a mi acompañante por algo, pero no pude. No pude. Ella tomó su bufanda a cuadros, me la enroscó alrededor del cuello, me besó breve y dulcemente y se marchó casi llorando. Y llovía tanto que no pude ni ver al Wolskwagen alejarse.

«Marzo», Europa Sur, 11 de abril de 1992.

Sexotoño en Amsterdam

(Publicado en *Diario de Cádiz* en 1993)

[Germán de Patricio, escritor algecireño, acaba de regresar de Holanda, donde estuvo por un período de tres años, en cuyo transcurso estudió Filología y, al mismo tiempo, para poder subsistir con cierta holgura económica, se dedicó a desempeñar oficios tan diversos y eventuales como dependiente de una sex-shop. Éste es el relato de su insólita experiencia.]

Cuando entré a trabajar en la sex-shop *Madame*, al sur de Amsterdam, pude observar que en la Avenida de Kennedy seguían engalanándose las gorgueras de las acacias con esferitas amarillentas, unas bolitas esponjosas y diminutas como testículos de saltamontes japoneses. En Amsterdam las acacias florecen en otoño, y aquel día los pobres árboles apuraban los últimos perfumes y colores antes de los grandes fríos.

El encargado era un tiparrón calvo y con gafas. Me lo había presentado la víspera mi compañero de clase Erik, un belga de Amberes que despachaba a la noche treinta y tres clases distintas de marihuana y hachís en un Coffee-Shop legalizado de la plaza Leidseplein. Tanto el encargado como el amigo que me recomendó eran por demás abstemios, no fumaban, vivían sobriamente con sus estables esposas y eran de costumbres tan fijas como los piñones únicos de sus bicicletas. Todo ello, me aseguraban, les otorgaba aun más derecho a presumir de *tolerancia*.

Tolerancia. Menudo vocablo. Debo confesar empero que mis conjeturas preconcebidas sobre la labor cotidiana en una sex-shop variarían radicalmente tras una semana en el mostrador, pero no sé certificar si ello se debía a que nos hallábamos en la inverosímil y prodigiosa ciudad de Amsterdam, a que me empleaban sólo cuatro tardes a la semana, o acaso a que yo era entonces un estudiante universitario español, trotamundos y dispuesto a todo. O a casi todo.

La iglesia de San Nicolás se alzaba detrás de nuestra esquina. No era un hecho tan exagerado como en el Barrio Rojo, donde la sagrada *Oude Kerk* abría sus predicaciones, crucifijos, liturgias y misas justo enfrente de la mayor casa de putas del municipio, e infinidad de mujeres casi desnudas guiñaban a la parroquia desde escaparates fetichistas con luces coloradas. No, decididamente, no era algo tan espectacular. Sin embargo, cuando en mi quinta jornada laboral el presbítero protestante franqueó mi umbral entre tetas de plástico, ligueros negros y condones con cabezas de Micky Mouse,

temblé, sospechándome un nuevo, orgulloso, insolente discurso holandés sobre la *tolerancia*. Aunque tan sólo se acercó, sonriente, a pedir prestada una bufa para inflar la rueda de su bicicleta. *¿Quiere usted que yo le pague medio florín por cinco minutos de aire?*, me preguntó. Yo negué con la cabeza, primero porque en aquel otoño medio florín apenas llegaba a veinticinco pesetas, en segundo lugar porque si él era un orgulloso holandés tolerante yo era un orgulloso andaluz desprendido, y también porque, en el fondo, yo agradecía que un ministro divino santificara con su presencia aquella bendita casa.

¿Y las mujeres? ¿Cómo eran las mujeres que visitaban la porno-tienda? Por lo general se trataba de holandesas gordas, horteras, pálidas y feas. Venían en parejas, alardeaban conmigo de *tolerancia* y reían a carcajadas (reír a carcajadas en una sex-shop sirve para ocultar el azoramiento). Y lo más atroz del asunto: me engañaban. Sí, me engañaban. Me había acostumbrado a los turistas, que cruzaban el recinto con sigilo como si aquello fuera una casa de espíritus minada de trampas secretas, tratando de reírse de su propia turbación o examinando películas y muñecas hinchables entre murmullos. Pero estas jamonas cerveceras me avasallaban con requerimientos inauditos. ¿Por qué el líquido eyaculador de este consolador a pilas no surge caliente? ¿Esperas en serio que abone cincuenta florines por un cipote al que se le quiebran los pinchos? ¿Cómo es posible que las escenas de la carátula no aparezcan después en el filme? ¿Es que no vas a reintegrarme el importe de este camisón erótico, que no es de mi talla, porque ya lo he usado una sola vez? Humanitario y caritativo, yo transigía, y sistemáticamente me ganaba los amenazantes rapapolvos del encargado al cerrar la caja.

Sin embargo un día me ocurrió algo poco común; acaso a ustedes les resultará insólito, pero nadie en clase se inmutó cuando lo relaté. Eran las siete de la tarde, y el local se hallaba vacío porque las cabinas de monedas para *Peep-Show* no empezaban hasta las nueve. De súbito entró una chica. Yo ese día andaba algo amargado; debía redactar doscientas páginas sobre el surrealismo en la obra literaria de no sé qué mentecato, encima no lograba que el calvo de las gafas me legalizara para extender permisos y visitar al otorrino de la Seguridad Social, y en definitiva iba tan asqueado por fotos flácidas que ya ni siquiera me masturbaba. La chica no era gorda ni pálida; es más, tampoco parecía holandesa. Vestía falda negra y medias negras de nylon, y por sus ojillos podría ser una oriental, tailandesa o algo semejante.

Resplandecía en ella esa zona pequeña donde terminan las largas medias y empieza justo esa chispa de carne. Era lo más sutil que veía en una quincena. Era tan sutil que me excitó como un cañón de artillería.

—He quedado aquí. Con mi novio —musitó.

¡Presuntuoso de mí! Me alegré, imaginando que sería una novata y atrevida casualidad, y que

su deliciosa torpeza me dejaba en condiciones de ayudarla. Olía a bálsamo de espliegos. Antes de que yo hablara, me preguntó:

—¿Te aburres?

—Bueno... a veces viene un cura para hinchar su bici.

De pronto entraron dos magrebíes. El primero se fijó en mi cara y en mi barba, y me preguntó algo en árabe. Yo, un chico listo, le contesté en holandés lírico y casi me rompe la crisma: ¡creían que yo era marroquí y les estaba tomando el pelo! Al fin se calmaron, concentrándose en elegir objetos para una movida de tríos, no sé. Iban hasta el culo de algo —pero tampoco sé exactamente de qué. A mí quien me daba miedo era el segundo, tenía rostro de serpiente de suburbio. Sé cómo son esos tipos. Sujetos hundidos en la mierda de una metrópoli extranjera, tratando de convencerse de que Amsterdam les ofrece algo inmaterial. *Tolerancia*, supongo. Consoladores de discos giratorios, muñecas de tacto mórbido, condones fluorescentes con cabezas de Bugs Bunny. *Tolerancia*.

—¿Y si me voy contigo? —le pregunté.

—Cien florines. En casa de mi novio.

Dice el gran poeta Al-Mutanabbi: *Es el mayor mérito del hombre que sus defectos puedan enumerarse*. Pero ¡cien florines! La vida era realmente dura con un pobre estudiante como yo; al fin y al cabo, las putas del Barrio Rojo costaban menos de la mitad. Minutos después volví a quedarme solo en la tienda y, compungido y desconsolado, recordé los versos de Pablo Neruda: *Puedo escribir los versos más tristes esta noche*. Ay, el amor.

Seguí viendo películas y bragas sobreponiéndome al desengaño. Sobre todo filmes en los que actúa siempre el moro ése con bigote que han contratado los productores pornográficos americanos, no me acuerdo de cómo se llama pero vaya verga gasta el sarraceno, si la llega a emplear de catapulta en la defensa de Granada—pero lo cierto es que cuando me hacía macocas observando las fotos les cambiaba mentalmente el rostro por el de la tailandesa. Decididamente, estaba enamorado.

El presbítero siguió viniendo cada tarde a inflar aire en su bicicleta; más tarde me enteré de que en el taller del barrio la máquina del aire costaba efectivamente medio florín. Seguían acudiendo las celulíticas adiposas oliendo a Heineken. Cada noche seguían apareciendo los dos asiduos de las cabinas: un giboso que curraba en unos billares y otro que se dejaba allí la subvención mensual del Estado del Bienestar.

El encargado fue gradualmente tornándose más calvo y más nervioso: me insistía en que las sex-shops iban de capa caída, que eran un invento de los años sesenta y setenta, que en Amsterdam algunas se salvaban gracias al turismo y a su desmesurada fama lúbrico-drogadicta. A todas luces, fama injustificada, vistas las actitudes de él y de Erik. Todo era una cuestión de comercio, me dijo. Y de *tolerancia*.

Pomadas trempadoras, látigos y anillos con púas, coños de poesía mecánica. Poco después yo aprobé mi megatrabajo sobre el surrealismo en la poesía de posguerra o no sé que leches en vinagre, me ofrecieron manufacturar tarrinas de mayonesa sin colesterol en una fábrica de Rotterdam, y al cabo el calvo con gafas determinó que una rubia risueña atraería mejor a la clientela que un estudiante flaquillo con cara de turco.

—Lo lamento —dije—. No puedo afeitarme a diario. Me salen granos.

—Yo sé que eres español, pero es que así pareces un turco —explicó el encargado; y, luego, limpiándose las gafas metálicas, añadió con mal gesto:

—No soporto a los árabes, sabes. No los soporto. No tienen ni idea de *tolerancia*.

No obstante, el amor acabaría triunfando. Justo en mi último día de sex-empleado, el camión repartidor de *Private* aparcó junto a la iglesia de San Nicolás para suministrar el último número mensual (con textos en inglés, holandés, alemán y un español literalmente traducido con la polla). Garabateé mi última firma falsa en el albarán y rasgué el precinto del embalaje. Cuando colocaba las revistas en sus casilleros, de pronto el corazón me dio un vuelco. ¡Allí estaba mi tailandesa! ¡Oh júbilo! ¡Oh dicha infinita! Aún recordaba mi vanidad y presunción al creerla novata casual. Ojeé las fotografías: allí estaba, la penetraban su novio y un nórdico con aspecto de futbolista del PSV Eindhoven. Ahí la tenía, para mí y por mucho menos de cien florines: apenas dieciocho. Después de todo, alguna sabiduría había aprendido trabajando en una sex-shop.

Cuando salí a la calle, el cielo amenazaba tormenta. No sé por qué, me fijé en que los racimos de mimositas amarillas, las espinas y las hojuelas se habían caído de las gorgueras de las acacias, y a lo largo de la Avenida Kennedy sólo se distinguían contra el cielo gris sus ramajes de álbes y tánganos, secos y desnudos.

«Sexotoño en Amsterdam», Diario de Cádiz, 19 de septiembre de 1993.

Desde aquí se ve el mar

(Publicado en *Europa Sur* en 1994)

Alejandro Martín nació en un pequeño pueblo costero. Fernando Martín, su padre, también había nacido allí, y don Eustaquio Martín, el abuelo, y don Carlos Eugenio Martín, el bisabuelo que había combatido en Cuba en 1898. Don Carlos Eugenio lo había pasado tan mal en las ciénagas del Caribe que temía más a las infecciones de mosquitos que a la metralla, y su obsesión le hizo negarse a guerrear nuevamente contra Marruecos: construyó una farmacia.

Setenta años después el pequeño Alejandro jugaba en el sótano de la farmacia. Alcohol, menta, formol, penicilina, fueron respectivamente nombres que aprendió escuchando, y también apodos que hubo de ir sufriendo y soportando. Rubito, inocente y sanote, gozaba del mar, al cual — como hacen todos los afortunados habitantes costeros— no concedía la menor importancia.

Acabó la escuela primaria. Murió el abuelo. Alejandro Martín era ahora mucho más rubio, igual de inocente y mucho menos sano. Le pusieron gafas, le operaron de apendicitis. Sus padres debatieron seriamente sobre su futuro. El pequeño pueblo no tenía instituto de enseñanza secundaria, y sus calificaciones eran buenas. La farmacia marchaba bien.

Al año siguiente el mocito Alejandro soñaba dentro de un autobús con la capital de la provincia, su nuevo hogar. Se alojó en casa de una viuda y telefoneó regularmente a sus padres.

Al cabo del tiempo, el mozo volvió de vacaciones y pretendió que se le llamara don Alejandro, como a su difunto abuelo y a su pobre padre, ya enfermo. Recibió entre enormes carcajadas otros nombres: don Alcohol, don Menta, don Formol y don Penicilina. Entre burlas y odios se acabaron de diluir sus antiguas amistades. Alejandro dijo solemnemente a la familia que renegaba de la farmacia y que estaba escribiendo un largo, larguísimo poema al mar, a la mar, a ese dios infinito que parece dormir acechante y temible. El muchacho se hizo solitario y distante.

Acabó el instituto. Murió el padre. Alejandro Martín era ahora igual de rubio, menos inocente y menos sano. La farmacia comenzó a marchar mal, y los préstamos se acumulaban. Su madre y sus hermanos debatieron con él sobre su futuro. Cuando se le preguntó, respondió indignado, ya que daba por supuesto continuar sus estudios en la universidad. Al final se decidió apostar fuerte.

Alejandro Martín escribía muchos versos sobre el mar, y, cuando se emborrachaba, lloraba por él allá lejos. Dejó de telefonar regularmente. Un día la familia descubrió con sorpresa que el estudiante ya no vivía con la viuda —y lo que es más, ésta reclamaba furiosa deudas sin pagar. Hubo

una mujer joven embarazada. Hubo un arresto policial. Hubo una devolución de matrícula, una expulsión y una congelación de expediente.

Murió un día la madre y Alejandro Martín encontró a su vuelta cuatro hermanos más sanos que él, dispuestos a cortar de raíz con tanta deuda. Los padres habían tenido tolerancia con él; ellos no. Tuvo que trabajar en la farmacia desde el primer día.

Un año después abrieron una sucursal. Al año siguiente no le quedaba a Alejandro nada del orgullo y nada del distanciamiento. Trabajaba duro y el negocio funcionaba.

Pasaron unos cuantos años más y un buen día de verano llegó al pequeño pueblo costero cierto antiguo compañero de clase de Alejandro. Éste lo recibió con afabilidad, aunque no podía recordar su nombre. El antiguo camarada se sintió obligado a buscar recuerdos comunes, ya que Alejandro Martín sólo hablaba de cifras, préstamos, inversiones y horarios.

—¿Qué tal tus poemas? —preguntó el forastero.

Alejandro contestó sin pudor que no sabía qué habría sido de aquellos papeles. Tampoco le importaba. Incómodo, el antiguo colega señaló la parte trasera de la enorme balconada llena de cajas de embalaje y albaranes.

—Qué maravilla —dijo—. Desde aquí se ve el mar, la mar.

Alejandro Martín torció el cuello con esfuerzo.

—Ah —dijo—. No me había dado cuenta.

«Alejandro Martín», Europa Sur, 17 de diciembre de 1994.

Un momento de gloria

(Publicado en Almoraima en 1993)

¿Qué es eso de allá?

Eso es una fábrica, hijo.

Ah, una fábrica.

La fábrica. Siempre hace viento en los suburbios industriales de Amsterdam, sobre todo en aquel rincón que forman el fondo oeste del puerto y la estación de Sloterdijk. Carretera Deccaweg, nave número dieciséis. *United Parcel Company*, importación y exportación. Se desploman allí a menudo chubascones pegajosos, turbiones de agua sucia antes de tocar el suelo. Una lluvia que cae a escupitajos, a ráfagas de gargajazos de cristal oscuro: es la fría orina de las nubes, que se derrama como el vómito agrio de un estómago tan rancio como alto.

Cerca del edificio largo y aplastado las luces brillan débiles y amarillas como las hornacinas de velas en las tumbas, y el cambalache frenético de los camiones que pululan alrededor de la nave parece el de lombrices que estuvieran sacando jirones de carne muerta de un osario manufacturado.

La oficina. El suelo está hueco, deformado, y el calor es asfixiante en la oficina, un pequeño recinto que debe atravesarse antes de llegar a la gran sala. Siempre en un rincón lejano, un hombre sentado con gorra a cuadros y perdido sin remedio cierra sobres, pega sellos, ordena lápices y carpetas o va a por el café de los idiotas. A veces se levanta la gorra para rascarse el cráneo y muestra a todo el mundo una calva seca y rugosa, sin brillo ni dignidad. Usualmente un perro dormita bajo su mesa. Hay un reloj junto a él, cargado de fichas, atrasado testarudamente, y un hedor desagradable de sudor acorralado. Son las tres o cuatro personas restantes de la oficina gente severa, antipática y altiva: siempre la gente de la oficina está hablando de apuntarse a estudiar alguna cosa en alguna academia, pero nunca se matriculan en nada y lo único que hacen es beber café, gorronear fotocopias y humillar a los obreros.

La sala. Inmensa y fría como la cavidad del aborto de una ballena congelada. Es un vientre vacío y envilecido, abombado y lúgubre, con eco y con escarcha. Nadie ha mirado nunca al techo. Los hombres de la sala trabajan en cuatro grupos: uno descarga los camiones en un ala, el segundo controla documentos de las cajonetas sobre una larga mesa de rodillos y entrega facturas por una ventanilla (llena de vaho por la calefacción de dentro), el tercero distribuye cajas apilando rehatos en sus elevadores automóviles con pinzas como mandíbulas de escarabajos, y el último vuelve a meter

todo en los mismos contenedores, pero por el lado contrario.

Los grupos. Como insectos ciegos, como topos ya resignados, los grupos no se hablan entre ellos. Solamente conocen los empleados a los de su propio grupo. Por ejemplo: en el primero y en el último abundan los negros africanos que hablan sólo su propio idioma; éstos sudan, maldicen y se agitan. Los del tercero se esparcen inaccesibles sobre sus robots pesados, altos, ruidosos y brutales: éstos son los señores del micropaís. Los del segundo, de pie bajo un par de bombillas, únicamente mueven los brazos igual que maniqués de cuerda sincronizada, aunque, si el estruendo de las máquinas no se lo impide, también la lengua. La tarea es esperar, cada uno en su lugar de la fila, a que les llegue su cajoneta; entonces rasgan en plástico adherido a ella y del sobre timbrado extraer una factura de las cinco copias que matemáticamente todas portan como canguras geométricas preñadas; unida con un clip al resguardo del destino la arrojan a la boca de la oficina y agarran una nueva cajoneta mientras la anterior ya se pierde de vista.

En este grupo no hay negros: hay un egipcio católico que dice que huyó del Magreb por miedo a las persecuciones de cristianos, un holandés de melenas tarareando melodías rockeras eternamente narcotizado, un marroquí que desgarrá sus facturas con una navaja terrorífica que se saca del bolsillo, un matrimonio cobrizo y reluciente de Bangladesh que no se separan nunca y que no hablan jamás con nadie, un polaco con barba y foto de su hija pequeña en la cartera, un joven griego con la mirada soñadora y ausente y también una mujer irlandesa algo pava.

Ella. Sinéad O Dalaigh había llegado con su novio ocho meses atrás desde Crossmolina, una aldea de buenas ovejas irlandesas consagrada a San Patricio. Luego el novio se le evaporó, aunque ella no quiso arrastrar una vergüenza tan católica como la de retornar a su pequeño pueblecito y a sus padres, y la inercia le fue hundiendo así en el fango de los canales holandeses. El novio, un irlandés fornido, Nile Causeway, se fue a Noruega para un empleo de seis meses y nunca volvió. Desde Oslo le escribió siete cartas, la última sin remite. A Sinéad le quedó empero un lindo permiso laboral con el que subsistir. Nunca había estudiado pero de vez en cuando pintarrajeaba una cartulina en la pared, y los compañeros de piso, un búlgaro y una tailandesa que trabajaban en una planta de concentrados químicos para sopas de sobre, después de cubrirle el suelo con latas de cerveza Heineken vacías le decían que pintaba maravillosamente. Sinéad O Dalaigh era tan mediocre como inocente: a un monigote trazado a bolígrafo lo llamaba “libertad” o “violencia”, insuflándole estrías añiles, lilas o granates. Iba de sorpresa en sorpresa, abriendo mucho sus pequeños ojos grises; la vida no le había golpeado todavía lo suficiente como para perder un aire entre ingenuo y coqueto, y se consideraba afortunada al vivir en un gris suburbio de Amsterdam cuando lo comparaba con su aldea verde, pétrea e inmóvil. Era en fin bajita, resultona, rubia y blancuzca como un camarón enano; aunque el frío le sacaba pecas rojas de bebé escocido daba siempre saltitos con sus muslos menudos y gordos,

y, cuando usaba una bufandota de cinco vueltas, incluso cantaba.

Él. Apostolis Tsirgotakis, natural de Thoukididou, provincia de Alexandrópolis, a nueve kilómetros de la frontera con Turquía, olía siempre a ajo y a aceite de oliva porque prácticamente era lo único que tomaba. Un hijo modélico de familia pobre. Era el mayor de siete hermanos y cada semana facturaba un giro postal a su tía materna con la mitad del sueldo de la fábrica: jamás llegó a enterarse de que el Postbank le sustraía un veintitrés por ciento del giro caritativo, impuesto obligatorio que se apropiaba el estado holandés y que nunca se escapaba de sus fronteras.

Llevaba casi dos años en Amsterdam. Había llegado haciendo auto-stop en las gasolineras de camiones, y empezado a despertar (que no a espabilarse) en un restaurante griego del centro, el *Panagoulis*, en el Herengracht tal como se baja del Spui por la Koningsplein. Despertó cuando comprendió que bregaba de diez de la mañana a doce de la noche, el doble que sus “compañeros” de tarea holandeses —mientras que cobraba menos de la mitad que ellos, no recibía propinas e incluso pagaba la *moussakka* y el *gassolaffous* que comía en el propio restaurante. Cuando lo comprendió sintió una vergüenza tan tremenda que no volvió a aparecer por allí: no sólo no protestó sino que ni siquiera se atrevió a recoger el sueldo de la última semana de trabajo (su tía materna, Karmelussa, le escribió desde Thoukididou una angustiada carta con reproches violentos). En vez de protestar se acurrucó en la cama como un gazapo que oliera los perdigones y escribió un poema de ocho páginas. En resumen, esto era lo que le gustaba, componer versos y relatos. Tampoco había estudiado nunca; el griego de sus papelotes chapoteaba guarro en faltas de ortografía, cacofonías varias y errores de concordancia. Eran trivialidades sentimentales, sin estilo ni estructura ni vocabulario: ni siquiera intentaban inyectar nueva savia a los mitos eternos de la Literatura Universal. Eran, sencilla y llanamente, una vulgar mierda. Reflexiones de un joven inculto que apenas se sabía de memoria un soneto de Cavafis. Sin embargo, acerca de tales pamplinas su amigo de la infancia Kirtikos le mandaba puntualmente comentarios serios y convencidos desde el pueblo, siendo *esto* lo único que verdadera y sustancialmente ataba a Apostolis a la vida. Y él ni siquiera lo sabía.

También se consideraba afortunado al compartir un ático miserable con dos argelinos homosexuales de cuarenta años en el extrarradio de Amsterdam. Era espigado como un olivo hambriento, feo, torpe, delatoramente moreno y con bigote; de rizos negríssimos sucios y rebeldes como los trabajadores mediterráneos; despistado y con los bolsillos de los vaqueros podridos por papelajos con versos mediocres, y que ni aunque se sumergiese durante tres días en la palangana como un garbanzo en remojo podría haberse quitado de encima el pestazo a ajos y a aceite de oliva.

Aquella tarde. El estridente alboroto de la gran sala aturde a los que no están acostumbrados. Las cajonetas van y vienen como las olas de la costa y como los detritus de las cloacas: monótonamente, una tras otra, todas iguales. De todas las bocas surge vaho humeante, del frío que

les pincha en las gargantas, en los dedos, en las orejas. Por la fila el holandés con melena tararea desafinado una canción, la navaja del marroquí silba como una serpiente al rajar membranas y precintos, el egipcio discute desganado con la oficina, el matrimonio asiático mantiene su murmullo, una letanía sin variaciones tonales en su idioma incomprensible; el polaco y el griego operan en silencio, la irlandesa pega saltitos de cuando en cuando y canturrea alguna estrofa gaélica. Las horas pasan, se suceden, se desgastan como las suelas de los zapatos, como las de todos los días, simplemente como siempre. Pero... hoy *no* va a ser una tarde como las demás.

A las seis suena una sirena como fin de jornada que parece el pedo de un hipopótamo sifilítico o un petardo cabraloca que ha resultado húmedo por dentro. Cada insecto ciego abandona su labor, las lombrices como camiones se alejan en la noche; la fila de polillas humanas se va concentrando en el embudo de la oficina. Nadie habla salvo los negros africanos que ya están medio borrachos y ríen con carcajadas de urracas históricas.

Súbitamente la irlandesa ha mirado al griego. Sólo un segundo, pero lo suficiente para que su ingenuidad coqueta le haga brincar. *¿Por qué no hacemos el viaje en bicicleta... juntos?*, ha preguntado en inglés. El griego, con la cabeza en las nubes, tarda unos segundos en comprender. *Sí, claro, claro*, musita, *por qué no*. Caminan a la explanada barrosa donde dormitan las bicicletas de segunda, de cuarta mano, compradas en la calle a un heroinómano que la acaba de robar, por un par de monedas, destartaladas, sin luces, moribundas, leprosas, perdiendo poco a poco piezas y accesorios hasta que se quiebren los radios y sean tiradas en una esquina o al fondo de un canal. Hace meses el griego y la irlandesa se habían presentado mecánicamente; ahora por supuesto ya no se acuerdan de sus nombres. *Sinéad. Apostolis*. Emprenden la marcha; van a tardar una hora en llegar al centro y aún más en llegar a casa.

Ninguno de los dos habla holandés, como la mayoría de los operarios de la fábrica, y Apostolis usa su inglés igual que usa el aceite de oliva: friendo cuatro o cinco veces con él, o sea, diciendo la mayor cantidad de ideas con el menor número posible de palabras. Su acento le hace gracia a Sinéad, quien se reiría más a no ser porque el catarro le hace gotear la nariz; conduce con una sola mano y se seca con el revés de un guante. Como pedalea con sus muslos fuertes y rechonchos más rápido que el esbeltísimo Apostolis, en un cruce solitario del largo Westhaven debe adaptar su velocidad a la de él para preguntarle cómo es ese sitio de donde viene, Thoikidou. *No: Thoukididou*, corrige el griego, y muestra un gesto de desprecio. Mujeres viejas vestidas de negro, una plaza con las losetas borradas por los siglos, dos tabernas sólo para hombres donde se grita, se fuma y se escupe en el suelo; pobreza y rutina, vino seco y melancolía. A Sinéad ese cuadro le suena, naturalmente. *“¿Hay muchos cotillas?”*, pregunta, y a ambos les consuela la idea de que los cotillas de sus pueblos respectivos hablan mucho de ellos. Luego Sinéad habla de Irlanda y refiere con ira,

como si lo hubiera vivido, las invasiones de los odiados ingleses. “*Sí, sí, igual que los turcos con nosotros*”, dice Apostolis. La irlandesa no llega a decirlo, pero piensa que al fin y al cabo es mejor ser invadido por ingleses que por turcos, es una simple cuestión de nivel, por lo que la conversación languidece hasta que ven un bar, cerca de las vías del tren.

El bar. La segunda cerveza sabe mejor que la primera, y la tercera aun mejor que la segunda. Sinéad se ha destapado con la Guinness Special y charla por los codos, alegre y halagada por las miradas de él. Cuando el tímido griego va al baño, ella registra su cazadora y encuentra bajo un pliegue de *zwartramreisboeten* (multas-por-viajar-en-tranvía-sin-pagar) un intento de poema en inglés primitivo. Se exalta y abre una carpeta roída y agujereada para mostrarle a Apostolis bocetos de pinturas, a lápiz y a bolígrafo sobre papel barato cuadriculado, que siempre seguirán siendo bocetos y nunca llegarán a nada. Los dos se emocionan y se sienten a la vez terriblemente felices. Apostolis intenta traducir al inglés un papel manuscrito suyo, arrugado y manchado de aceite. Suena en inglés tan mal como un griego, pero Sinéad supone que algo habrá perdido en ese puente que lleva de una lengua a la otra. Mira con fognazos cálidos y lanza elogios como la máquina de discos compactos con monedas de un florín: te da justo lo que tú quieres escuchar.

En el local hace calor; Sinéad ha perdido las pecotas rojizas que le salen cuando hace demasiado frío y ahora gana en belleza porque más que un camarón enano parece una rana esquimal contenta. Incluso Apostolis ha ocultado el olor del aceite bajo el humo de sus cigarrillos y un par de eructos de cerveza, así que ahora gracias a la penumbra del café sus rizos parecen menos grasientos. Hace meses que Sinéad no habla a gusto con un hombre, sólo a ratos con el búlgaro de su casa que es muy bruto y les roba a ella y a la tailandesa la ginebra, las cervezas, el papel de plata y las cucharas. También Apostolis, salvo un sucio y acelerado escarceo a oscuras con una mulata celulítica del Surinam, no ha conocido mujer durante los dos años largos que ya lleva en Amsterdam. La irlandesa da a su cara de rana pálida un giro pícaro para comentar que su Irlanda se llena en verano de españoles que van allí a estudiar inglés porque es más barato que Londres, tan mediterráneos, tan guapotes, tan pasionales, tan morenitos... El griego responde que... una lástima, él no conoce a ningún español. Y la conversación vuelve a languidecer.

El bar, oscuro y pequeño como el culo de una lagartija, huele a marihuana pasada y a pedos, a hachís y a sudor de árabes, asiáticos y negros que creían que venían al Paraíso. Para saber de verdad cuál es el color del suelo habría que encender allí abajo una cerilla; hay cositas diminutas que crujen y resbalan al andar como crías de araña o huevos de culebras. De improviso la puerta se abre con una patada y la oscuridad nocturna vomita la silueta de un policía. Se corta la música violentamente. Todos protestan y gritan; se rompen un par de botellas; se troncha una silla, golpea una porra a alguien, hasta que en medio minuto ya hay más agentes de policía que clientes. Nadie tiene papeles

de identificación; se les conduce esposados a un discreto autocar —a todos excepto a Sinéad y Apostolis, que por los pelos se libran con sus pasaportes europeos de tercera clase y son ruda y despectivamente expulsados del zipizape. “*Be careful, you two*”, les escupe un agente con cara de caballo bizco, aunque ni el griego ni la irlandesa entienden muy bien a qué se refiere.

Todo se ha fastidiado. Como las tetas descomunales de una puta latinoamericana, la noche de Amsterdam se extiende por el Spaarndammerdijk entre luces de neón, agonizantes farolas amarillas y lluvia intermitente. Sinéad tiene hambre, es muy tarde y se va a ir a casa, ella es quien vive más lejos. Mientras gira la cerradura del candado de su bicicleta, Apostolis desarrolla un esfuerzo titánico. “*Podríamos, podríamos también —tartamudea— cenar, cenar, cenar en mi casa*”, y antes de acabar de decirlo ya se ha arrepentido de proponerlo, pero ella asegura sin embargo que sí, que es una gran idea porque se muere de ganas de hacer pis y en el bar no podía porque los ciempiés y las tijeretas por las paredes del baño le daban mucho asco. Al griego le laten las sienes y, nervioso, quiere expresar en inglés algo de un poema y le cuesta horrores y estruja su cerebro, espachurra la materia gris y por fin murmura: “*está bien, mujer con el sol en el pelo*”, pero es demasiado tarde porque Sinéad ya está con la bici en la siguiente esquina y no le ha oído y dice que venga que se está haciendo pis encima.

La casa de Apostolis. Trasponen una portonaza grande, suben después por una escalera de madera carcomida hasta el nivel de un cuarto piso, recorren un pasillo horadado a ambas caras, aseteado con posters de paisajes tropicales, hembras semidesnudas y bandas *heavies* (todo lo observa Sinéad con curiosidad), luego cruzan un patio sobre un sendero a base de tablas que salvan el suelo de arena y barro, penetran una cocina grande donde cenan ocho jóvenes, jóvenes harapientos, con cresta de pelos de colores, como gallos estereofónicos de un trópico de caleidoscopio; saltan una escalera a la que faltan dos peldaños, caminan a lo largo de un corredor con barandillas que se eleva a cuarenta metros sobre el asfalto y serpentea alrededor del edificio, ascienden dos pisos de escaleras estrechas de caracol (en el primero viven los dos argelinos homosexuales) y Apostolis inserta su llave en una cerradura. “*Está un poco desordenado*”, advierte antes de abrir. La irlandesa desorbita y despliega la visión de sus ojos azules que tanto se sorprenden siempre, que parecen continuamente los ojos azules de un reo asustado o de un enfermo miedoso.

Casi entera, una pared consiste en un ventanal; en otra descansa un lavabo comido en su fondo por una costra grisácea de cien mil afeitados, un espejo por supuesto resquebrajado por la mitad y una repisa con veinte frascos de perfumes y colonias, todos usados hace mucho y vacíos. Indefiniblemente, una presencia rancia y solitaria sofoca el aire del cuarto. En un rincón duerme un garrafón de diez litros de aceite de oliva virgen. Hay en el centro una mesa construida con un enorme trozo de anuncio mural publicitario y cuatro canalones de desagüe de una obra; el tablón es de un

anuncio de refrescos y trae la foto playera de una americana en bikini con unos pechos siete veces más grandes y redondos que los de Sinéad. Se cayó del anuncio del tejado vecino cuando el accidente del avión de la KLM; Apostolis pasa bastante tiempo saltando por los tejados.

También hay dos sillas, una de madera y otra metálica, robada en la terraza de un bar. Detrás, en la pared que queda frente al ventanal, reposa un colchón en el suelo, suelo que el griego tuvo la idea de alfombrar en su totalidad, hace diez o doce meses, con hojas de periódicos suizos. Hoy el papel se ha tornado amarillento, y es como si vivieran y pisaran sobre la piel de un elefante cirrótico, un aplatanado lomo de hepatitis. Completan la situación un infiernillo para cocinar, una estantería con: dos velas, dos libros, un despertador, una radio, un montoncito de calzoncillos limpios y una postal del Palacio Municipal de Orestíada; en las paredes hay tres retratos, uno de Theodorakis, otro de Aristóteles y otro de Marylin Monroe.

Apostolis espachurra una pila de prendas de ropa tras la puerta, prende las velas y pronto cocina lo que han comprado en un Snack-Bar: dos hamburguesas, tres croquetas *Nasi-Bami* y un fático *Frikandel*. Los ha pagado Sinéad, por eso tiene el valor de preguntar: “¿Puedes hacerlos con mantequilla, por favor? El aceite de oliva del continente me da arcadas”, a lo que el griego esboza una mueca de dolor, pero no contesta palabra. Sólo comen. La irlandesa ya ha vuelto del baño, pero la “excursión” al cuarto de Apostolis fue tan larga e interminable que se ha hecho medio pis encima y olía tan fuerte que ha acabado por quitarse las braguitas, las ha tirado por el ventanuco ridículo del retrete y ahora la entrepierna de las mallas rosas ceñidas que viste le marca la protuberancia de los labios.

Por el ventanal se destacan los techos de la ciudad, el monstruo que les ataca, que les acorrala, que les aísla. Como un pastel putrefacto hormigueado por cien mil luciérnagas, los gusanos de sus fanales enfermizos, se extiende casi sin fin sobre un universo de holandeses rubios con *uitkerings*, prestaciones sociales, seguros médicos, estudios y servicios gratuitos, subvenciones y subsidios infinitos de desempleo. El subuniverso comienza en el límite de las farolas, con asiáticos ilegales, árabes expulsados a patadas de un bar de hachís, sudamericanos sudando entre las calderas y sartenes de las cocinas de los restaurantes, negros africanos descargando los pestilentes camiones del puerto, inhalando los vapores asesinos de las factorías químicas, sumergiendo los brazos hasta los codos en la mierda y la orina de los inodoros para desatascarlos, recogiendo los mejillones de la costa de Zelanda a diez grados bajo cero, barriendo, fregando, limpiando, excavando, sudando, sufriendo y muriendo hasta que son deportados.

Sinéad y Apostolis quedaron algo tristes mirando por la ventana. De repente ambos se sintieron, a la vez, terriblemente solos. Sus ojos se encontraron desde los extremos de la americana en bikini y el cielo azul de California. Sonrieron. Ella dijo que se encontraba muy bien cuando estaba

con él, él asintió tan entusiásticamente con la cabeza que una minúscula nevada de caspa cayó frente a la luz de las velas. Ella extrajo un *kleenex* para limpiarse los mocos porque sabía que la iban a besar. Él hubiera entonces deseado no haber tenido bigote.

Las delgadas pantorrillas anémicas del griego tiritaban bajo la mesa, alargadas inconscientemente entre las carnosas y rollizas gambas de la irlandesa y su ostentosa raja. Sin intención Apostolis rozó sus tobillos con los muslos de ella; la chica dio un respingo, sonrió, le tomó al mozo un pellizco afable en la mejilla y dijo: "*Pillín, pillín*". No fue algo muy acertado. Primero porque luego a Sinéad se le quedaron los dedos pringosos como si hubiera comido patatas fritas con las manos, y, segundo, porque a Apostolis le hizo daño de verdad (su madre, cuando vivía, le solía decir que si se comiese una sopa con un solo guisante le formaría un grano en la nariz), de manera que al pobre chaval se le nubló la vista, y rompió a latirle el corazón en el pecho, en las sienes, en los ojos, en las muñecas, como el galope de un caballo que ha perdido la razón. Como un potro loco y desbocado.

Ya no hay más poemas que leer. Apostolis Tsirgotakis ha enseñado todos sus mediocres ripios y cuentos, ha enseñado su perfume favorito, uno que halló vacío en el césped del Rembrandtpark el año anterior; ha enseñado las vulgares fotos del último verano en la isla de Mykonos donde vendía tatuajes solubles en la playa a turistas pederastas, el libro desportillado de Manolis Anagnostakis y la pipa pseudo-india. La emisora de Rotterdam en la radio se está quedando sin pilas y emite un rumor ronco y triste. La vela se está acabando.

Sinéad afirma que él es un chico muy especial, diferente a los demás. Se queda mirándolo fijamente a las pupilas marrones hasta que, tras un silencio de zumbido radiofónico agonizante, el griego acerca por fin su rostro al de ella. Sinéad cierra los ojos y abre la boca, como si le fueran a sacar una muela.

La boca de Sinéad huele a hamburguesa y a tabaco, a cebolla y a cerveza de lata. Pero en el momento en que sus labios se tocan, el brazo suelto de Apostolis choca con las botellas, los platos, los vasos, el tarro de colonia, la mesa inestable y la vela. Todo se viene abajo con un estrépito de mil demonios, se quedan repentinamente a oscuras y la pareja de maricones argelinos golpea furiosamente con una escoba en el techo. Sinéad y Apostolis se besan con sonoros gemidos y mucha saliva, un gato maúlla en la cornisa y una ambulancia y un coche policial chillan como locas en alguna parte. Los árabes amenazan a la pareja joven, los punkies amenazan a los árabes y la policía amenaza a los punkies.

Cuando al fin retorna el silencio, los dedos morenos de Apostolis acarician temblando la cara de salmón despellejado de la irlandesa; parecen rábanos quemados paseando por un boniato pelado y hervido. Ella se vuelve melosa y frota como una gata su cabeza contra la mano que le acaricia. Se

van a besar de nuevo y, de pronto, Sinéad pregunta: “¿Me puedo quitar las mallas?” Apostolis dice encantado a todo que sí, además a ella le escuecen los labios y la vulva con el roce de la tela y con un par de gotitas que se le han escapado al ser besada por él. Mientras la besa otra vez, ahora de pie, Apostolis susurra entre las sombras: “*mujer de rosas sin cortar, paloma de mi esperanza, primavera de mi juventud*”. Ella se ríe quitándose las botas de remaches. “¿No es bello, querida princesa, que nos amemos esta noche aquí una pintora y un escritor? ¡Una pintora y un escritor!” Abajo, en el bulevar, las luces públicas titilan un instante de forma casi imperceptible.

Y entonces sucedió algo muy extraño. Algo inaudito. Algo nunca visto. Algo verdaderamente increíble. Entonces, un aire fresco, como el de los pinos silvestres florecidos, viajó repentinamente por la habitación, de punta a punta. La ciudad desapareció. El país desapareció. El mundo desapareció. Todo desapareció menos ellos. La irlandesa desnuda se sentó suavemente sobre las rodillas del griego. Se besaron profunda, ariscamente, como dos panteras, como dos fieras sin civilizar al fondo de un bosque salvaje. Él era Ulises, el rey de la Itaca, presto a batallar; ella era una amazona de las sagas de Finn y Connagh, del Táin Bó Cualnge, hija de druidas y espadas de guerreros. El mediterráneo desnudó a su animal húmedo de los campos verdes y los acantilados, besó incansablemente la piel pura, nívea, la piel inmaculada de su ninfa céltica. La isleña desnudó a su toro ardiente, su animal de sabiduría milenaria y sangre eterna, besó su piel viril de vello y de sol, y besó en él a Mercurio, a Apolo y a Príapo. Surgió la luna y lo único que vio sobre la superficie de la Tierra fue una pareja de panteras, una blanca y la otra negra, que saltaban la una sobre la otra en un juego eterno y cíclico que ligaba su origen y su término a las simas de los despeñaderos y a las altiplanicies de las cumbres heladas, a los luceros celestes y a los profundos abismos de las mareas. La pleamar y la bajamar, la energía del recién nacido y las cenizas del último cadáver. El Señor omnipotente y la pulga infecta. A todo aquello, en fin, que es siempre una partícula de infinitesimal pero perpetua gloria: una simiente de la totalidad disgregada entre astro y astro o entre átomo y átomo. Ese hornaje o levadura que está mezclado en todos nosotros, y que puede llegar a expandirse, siquiera una sola vez, porque por amor a la esencia de lo Eterno hay, y habrá por siempre, una brizna de híbrida gloria en todas, absolutamente todas las cosas.

El día después. Las chimeneas, ventanas trasteras y conductos de aire acondicionado del restaurante indio empiezan a transpirar agrios olores hediondos, humos podridos y gases químicos asquerosos justo al poco de salir el sol invernal de Amsterdam, que es una galleta ajada e inofensiva, una lonja de limón sin ácido ni sabor. Con náusea en el paladar y alfileres en los ojos del cerebro, Apostolis Tsirgotakis, de veintisiete años de edad, se levanta aterido de frío y cierra bien la ventana

al patio por donde se deslizaba aquella invasión de ruido, humos y peste fétida. Se rasca los rizos, los muslos, el culo y el glande, y contempla su fofo cuerpo desnudo en el espejo astillado. Como de costumbre, necesita un par de minutos para comprender la realidad que le circunda. La mesa descabalgada, platos, vasos, añicos de botellas por el suelo, la vela pisoteada, las siete en el despertador, la radio sin pilas. Y un hueco insustituible en el colchón que por vez primera ha albergado a dos esqueletos en lugar de uno. Apostolis se agacha y hunde su nariz en las sábanas arrugadas; aspira lo más fuerte que puede y, es verdad, aún queda algún lejano perfume de acantilados, praderas verdes y ninfas. Pero ya tan débil que pronto se extingue.

Ahorcada con la chincheta inferior del retrato de Marylin Monroe cuelga una nota. Dice: *“Popototolis querido: De repente ha venido mi menstruación y he tenido que ir corriendo a una farmacia a comprar tampones. He robado uno de tus calzoncillos. ¿No te importa? Luego debo ir derecha al dermatólogo que me trata las pecas, así que nos vemos en la fábrica. Gracias por todo.”* Y termina subrayando: *“Un beso enorme donde tú quieras, toro mío.”* El griego sonríe, brinca imitándola a ella, y vuelve a la cama. Duerme feliz.

Cuando Apostolis despierta es muy tarde. Le llena un miedo extraño, como si estuviera en un útero materno y la placenta se tornase fría porque la madre ha muerto y él ha quedado dentro, atrapado, nonato y perdido. Se hace un ovillo en las mantas y empieza a escribir versos sobre/para Sinéad, en lugar de salir en su busca. Escribe: *“tu boca de cervecita / irlandesa cristalina”*, o bien: *“tus piernas / de dulce y sensual mantequilla”*. Son frases tan horribles que hasta el folio gritaría de dolor si tuviera boca. En lugar de correr a la fábrica, devora un plato de pan, ajo, aceite de oliva y sal entre las sábanas, y permanece allí, evocando a su irlandesita. Suspirando con sus malditas metáforas. Soñando como un cretino.

En la fábrica Sinéad ha intentado ayudar, relatando una bobia excusa al ver que Apostolis no aparece. El encargado de la oficina, un piojo sin sangre que succionar, gruñe al firmar la ficha de trabajo, refunfuñando y rezongando por lo bajo. El imbécil calvo de la gorra sigue ordenando rotuladores por colores y tamaños y lamiendo las gomas de los sobres, y todos, todos los árabes muestran sonrisas de rodaja de melón para preguntarle: *“You man Greek fuck?”* No es *Queen’s English* pero Sinéad no es tan mema para no entender. Desgajando sobres de las cajonetas, se pregunta, confusa, trata de imaginar qué sucede. Ella no entiende nada. Ella no sabe qué pasa. Ella no puede y no podría jamás imaginarse lo que pasa. Los negros sacan y meten los bultos en los camiones entre gritos bestiales.

Por la noche el griego advierte su empanada mental y sale a las calles, pedalea hacia Leidseplein, cruza volando el Spui, atraviesa el Rokin y el Dam, y cuando llega al Spaarndammerdijk y está empapado porque llueve a cántaros, se da cuenta de que no sabe a dónde

va. Por su parte Sinéad ha tratado esforzadamente de encontrar la casa de Apostolis, algo laberíntico y difícil. A base de tesón y mapas la descubre por fin, pero sufre una decepción porque el griego no está y porque uno de los punkies le coge el culo en la cocina y tiene que salir corriendo. Se enfada con el griego y también consigo misma y vuelve en bici a su casa, donde esa noche bebe demasiado vino portugués de oferta de supermercado con el búlgaro y la tailandesa, que ahora está embarazada y dice que se va a desenganchar. Luben, el búlgaro, también le palpa el culo. Y, esta vez, ella se deja.

Apostolis da mil vueltas estúpidas y acaba derramando en coca y marihuana el dinero que iba a enviar a su tía materna. Aunque el tugurio del barrio de las luces rojas donde bebe huele como el coño de una cabra, no lo abandona hasta muy avanzada la madrugada; está tan pasado de rosca y agilipollado que olvida candar su bicicleta a la señal de prohibido sacar la basura de lunes a jueves, con lo que en pocos minutos se la agencia un paquistaní agradecido.

Al día siguiente es sábado. No consigue despegar los párpados hasta el mediodía. Como le han vuelto a robar la bici, va meciéndose, resacoso y amodorrado, en el tranvía que le lleva a la fábrica. Y—sorpresa: se topa con un cartel en la puerta.

GESLOTEN OP ONZE

GELIEFDE KONINGINNEDAG

Cerrado por el día de nuestra bienamada Reina

Apostolis regresa caminando, recorriendo toda la ciudad con la vana esperanza de encontrarla, mientras los holandeses han ocupado las calles con todo tipo de tenderetes y puestos porque hoy todo vale y todo se puede comprar o vender sin licencia. Junto a la portezuela de su casa, Apostolis ve a un crío rubillo de unos doce años vendiendo pañales usados sobre una caja de plátanos. Qué monada. Suspira y asciende las escaleras para darse de cabezazos contra la pared, para amargarse el día con sub-arte de desecho y para escribir una larga carta a su tía materna en Thoukididou y explicarle que desgraciadamente esta semana no podrá mandarle ni un solo bendito florín holandés.

El retorno. Como un caracol herido de muerte, el fin de semana transcurre cansino y a trompicones. El lunes a las siete y media las odiadas cajonetas de *United Parcel Trading Company* vuelven a ser sobadas por las manos frías del griego Apostolis. Sin dejar de facturar, estira su cuello de galápagos para escrutar a derecha e izquierda. Él no sabe que aquel fin de semana retornó de Noruega Nile Causeway, el novio de Sinéad. Había estado *adherido* a una periodista divorciada de cuarenta años en Oslo pero su caradura extraordinaria decididamente había superado todos los límites y, en resumen, lo habían puesto de patitas en la calle. Volvió el sábado, el día de la Reina, a casa de Sinéad (el búlgaro, por sorpresa y sin explicaciones, le pagó una antiquísima deuda atrasada).

Nile agarró el dinero, se sentó a la mesa de la camarona enana, dijo que estaba cansado de tonterías, se bebió medio litro de cerveza sin respirar, le pegó cuatro hostias bien dadas y se la llevó de vuelta a Irlanda. Ese mismo domingo habían embarcado en el ferry a Dover.

El tiempo y su hijo.

¿Qué es eso de allí?

Hijo, eso es una comadrona.

¿Por qué está entrando en aquella casa?

Porque dentro de poco va a nacer un niño.

¿Qué está haciendo ahora?

Ahora se lava las manos con jabón de fregar vajillas.

¿Por qué?

Porque en Crossmolina, que es esa aldea en el centro desolado de Irlanda, todas las tiendas están cerradas el día de San Patricio. No tiene otro jabón.

¿La de la cama es la madre?

Sí, es la futura madre. Va a tener su quinto hijo.

¿Cómo se llama?

Se llama Sinéad O Dalaigh.

¡Anda! ¡Yo la conozco!

Pues claro que la conoces. Mira, mira esa plaza de más allá, esa plaza con las losetas desgastadas por los siglos. Ese hombre es su marido, Nile, el calvo de la gorra a cuadros, el que bebe cerveza y juega a las cartas.

¿No va a estar en casa cuando nazca su hijo? ¿Por qué no?

Es complicado de explicar. Verás, el ya no tiene mucho interés en su familia.

¿No debería estar con su mujer?

Bueno, ha perdido la curiosidad. Y a fin de cuentas la comadrona conoce bien su trabajo y sabe perfectamente todo lo que hay que hacer.

Entonces, ¿por qué no se casa Sinéad con la comadrona?

Hijo mío, a veces haces unas preguntas muy difíciles.

¿Por qué sólo hay hombres en el corro del bar?

Porque es la costumbre.

¿Por qué juegan a las cartas?

Porque es la costumbre.

¿Por qué escupen en el suelo?

Porque se pudren de melancolía, hijo.

La fábrica, la fábrica. Siempre hace viento en los suburbios industriales de Amsterdam. Apostolis Tsirgotakis, de treinta y cinco años hoy, impregna en las facturas que entrega a la oficina su halo de aceite de oliva y ajos. Guarda como de costumbre su puesto en la fila del segundo grupo, en silencio, con la mirada soñadora y ausente y empapado hasta la médula por la nostálgica apatía de un buey. De repente, y sin saber por qué, se ha acordado de algo. El corazón sentimental ha quedado oscurecido en sus ilusiones cotidianas.

“Pero”, murmura, “¡nunca me devolvió mis calzoncillos!”

Amsterdam, 25 de diciembre de 1992.

«Un momento de gloria», Almoraima, Creación Literaria y Artística, 10 (1993): 30-39.

Distorsión y Cebolla

(Publicado en *De Babel* en 1995)

Al mediodía, el colegio nacional detrás de la Cuesta del Piojo celebraba almuerzos masivos para retenerles acorralados hasta las cinco. Toda la vida recordaría Sisebundo Cebolla a sus alegres camaradas: el Tocino, el Mojón, el Conejo, el Basurita, el Mugre. Angelitos.

Los renacuajos gozaban de cierta libertad justo antes y después de almorzar, cuando el profesorado engullía con afán el aperitivo o sorbía a chispos el café de molinillo de don Virgilio, y dejaba de inquietarse por la chiquillería. Los corderitos de Dios correteaban hasta por los tejados, las mediaguas y los sobradillos, descolgándose por la azotea, por los chaperones sucios, por las canaletas oxidadas, por la claraboya de la clase aborrecida. La clase de Sisebundo se separaba del comedor colectivo mediante una raquílica cortina plegable de madera de raja cañiza. Desde luego el recinto no había sido concebido como aula, pero en fin, había que acomodarse, y como decía la Lola: yo soy la carne y usted el cuchillo.

Las criaturas soportaban garabatear metódicamente las caligrafías de los cuadernos de *Amiguitos*. Declamaban las tablas de multiplicar. Salmodiaban las preguntas y respuestas del último catecismo católico. Calcaban artículos esotéricos del *Sol-Diario de Málaga* con el anfibológico nombramiento de un nuevo ministro de Educación y Ciencia. Leían actividades prácticas del libro de Naturales que no podrían realizar porque carecían de laboratorio. Leían propuestas del libro de Sociales que no podrían realizar porque sugería visitas a museos o viajes utópicos en metro, peculiar arrogancia tipográfica de Madrid o Barcelona. Y todo en el pasillo de una casa vieja con las columnas enmedio, el cañillo, los cubos de las fregonas y el suelo de baldosines rojos de patio.

En el patio el Tocino se sentía muy frágil. El Tocino era Fabián Rosales, el que luego acabaría en Polonia pintando guarrerías. Le llamaban el Tocino porque su madre le llevaba bocadillos de pringá en los recreos. Era una pobre criatura sin malicia, un pedazo de pan blanco que el mundo se empeñaba en amasar. Llegaba de aluvión porque su padre no encontraba empleo en Facinas, y allí en San Martín del Despojo le habían hecho camarero de turistas.

Aunque a los alumnos no les estaba permitido pisar el rectángulo de hormigón para fútbol en las horas comestibles, Sisebundo siempre persuadía a Fabián para fugarse, y se escabullían cruzando de puntillas por delante de la sala de claustro, donde los maestros debatían con vasos turbios en la mano. Don Enrique Tomate se sobaba la barba, silencioso, en un rincón, mirando nostálgico las

brumas marítimas a través de la ventana, tras calimas nebulosas y anocheceres inciertos.

—Que sí, Enrique —exclamaba don Virgilio, el dueño de la máquina de café—, lo que planteo no es moral, sino empírico. Tú ya me entiendes. ¡Los hombres sienten una atracción irracional por la belleza, y las mujeres sienten una atracción irracional por la inteligencia!

—Claro —reía don Enrique—, por eso la mujer tiende a ser vaca y el hombre a ser burro, ¿no?

—Hombre, Enrique, no me estás tomando en serio... —repuso don Virgilio.

Pero en ese momento descubrió a Sisebundo y a Fabián reptando hacia la ventanuca de la despensa.

—¡Cebolla! —gritó cariñosamente el maestro— ¿Dónde te crees que vas, feto de gamba? ¡Arreando al comedor, so ablandabrevas! Y tú, Rosales, alma de cántaro, no te juntes con el golfo éste que vas a acabar llorando.

En efecto, acabó llorando en la comida. Porque Rogelio el Basurita, el que luego conduciría camiones de los supermercados *Día* en Madrid, se atiborraba la boca de macarrones en tomate. Luego los escupía solemnemente dentro del plato de Fabián, la pandilla reía a borbotones y Fabiancito gemía, sollozaba, protestaba entre dientes. En el revuelo armado por un arroz con leche de postre, los seis compinches se escurrieron por la cortina de madera dentro del aula, ágiles y delgados, como anguilas ahumadas resbalando por el desagüe. El colegio era tan chapucero que, tras el pizarrón, descubrieron un falsete escondido, sin cerradura.

—¿Lo abrimos? —preguntó Sise.

—No —gemía Fabián el Tocino—, dejarlo, dejarlo que nos van a pillar.

—Venga, venga —animó el Mugre.

—Abre tú, Tocino —ordenó Rogelio el Basurita.

La puerta daba a una especie de almacén destartalado, que dormitaba en penumbras. Olía a cerrado y a humedad.

—Ay, ay, ay —lloraba Fabián Rosales—. Algo me ha tocado la cabeza. ¡Mamá!

—Una telaraña, Tocino —dijo el Basurita—. Cállate ya.

—So cagón —rubricó el Conejo.

Casi se le podía oír al cuarto respirar, con un ronquido lúgubre de polvo y cucarachas. Reposaban en desorden soñoliento la mayoría de cachivaches enviados desde Madrid o Sevilla y la Diputación Provincial, amodorrándose en la media luz un aletargado revoltijo de encerados, tizas, esponjas, mesas, sillas de hierro y pupitres verdes.

—Menudo cabrón es el director —expuso Rogelio el Basurita—. Mi silla sin respaldo, yo hincándome los barrotes en la espalda, y todo esto aquí, nuevo y muerto de risa.

—Es culpa del director —secundó el Mugre.

—Es un cabrón —certificó Sise.

—Y además está calvo —añadió el Conejo.

—Menudo cabrón —repitió el Basurita.

—Es tan cabrón que se ha quedado calvo —teorizó Sise.

—A lo mejor —aventuró Gorgui el Conejo— esto es como los barriles del Chiclana de mi padre, que se tienen que curar en la bodega.

—A lo mejor hay bichos —se estremeció el Tocino— y nos pican. Vámonos.

—A lo mejor son como los ataúdes —intervino Sise—, o como las momias de las pirámides.

—Mira el Muerto con lo que sale ahora —se admiró Rogelio el Basurita, entre risas.

—No sabía que te llamaban el Muerto —dijo Fabián.

—Cierra tu puta boca, Tocino de mierda —se defendió Sise—. Tú eres un pringoso de mierda y tu madre es una piojosa y tu padre es un cornudo y le chupa la polla a los alemanes.

—Qué valiente eres con el Tocino, Muerto —bramó la voz de Rogelio el Basurita—. A ver si tienes huevos de decírmelo a mí.

—Suelta —protestó Sise—. Que me sueltes. No me agarres de la chamarreta, tío, que es de mi padre y me la vas a romper. Suelta ya, Basurita...

—Dime otra vez Basurita si tienes cojones...

—No es culpa mía, Rogelio... —aseguró Sise— Yo no uso tu mote nunca, es que como tu padre trabaja en...

Tras el forcejeo y el puñetazo, Sisebundo quedó tendido con la cabeza bajo un pupitre virgen, y se tapó la mosqueta de la nariz con el envés de la manga. La sangre dejaba un rastro negruzco en el percal.

—¿Te ayudo?

—Tocino puerco asqueroso —escupió Sise—, vete a comerle la polla a tu padre.

—Tengo un pañuelo.

—Déjame en paz.

Rogelio el Basurita y los demás ya jugaban a escalar aquel erizo gigante de patas de mesas infinitas. De vez en cuando, el cuarto parecía bostezar, y desperezarse de la siesta, y hacía como el que se aparta la sábana o la almohada de la cara durante el sopor. Una silla se hundía de improviso. Una mesa volteaba del revés. El mundo se abría a los pies del Mojón, el Conejo se agarraba al lomo de un armario, y el Mugre retozaba encima de la superficie verde de una pizarra tornada. Haciendo equilibrios, resbalando y cayendo, encontraron allá arriba un ventanuco de vidrio esmerilado cosido a telarañas por unas tarántulas incansables. Con rostros de agudo placer, despachurraron la

tejedura con las manos.

Pero en el almacén había algo más. Lo halló Sisebundo, con la nariz aún goteando sangre púrpura. Un botellín de agua tónica. La maestra de Lengua y Literatura era una momia rancia con los hocicos pintarraqueados, que reservaba la botella para aclararse el pescuezo cuando tras cuatro o cinco horas de vociferar y mandar callar se volvía afónica. Sisebundo la vio y no se lo pensó dos veces. Debía recuperar algo de prestigio después del puñetazo recibido, y como por añadidura había bebido bastante gaseosa en el almuerzo, estaba a punto de reventar.

Se la sacó delante de sus buenos camaradas. Metió la punta por el cuello del botellín (en esos años le cabía) y se descargó enterito dentro.

El Mojón y el Basurita brincaban de alborozo, Sisebundo resopló y se alzó los pantalones municipales. Le veían plácidamente satisfecho.

—Qué tío —exclamaban.

—Para que aprendáis.

Les poseyó entonces una cosquilleante risa nerviosa, una convulsiva risa del espasmo ante el peligro muy difícil de detener. De súbito resonaron los tres tañidos tropológicos, acostumbrados, en el campanario de la iglesia de Santa Algarabía Micaela. Repicó el cencerro de formar fila en el patio.

Del patio pasaron a la primera clase. Lengua y Literatura. En la mitad de la hora lectiva, emborronaban entre renglones la conjugación del pretérito pluscuamperfecto de subjuntivo, la descomposición y putrefacción del sintagma nominal predicativo, y los mensajes absurdos, incoherentes, para provocar a las niñas de las coletas, como una necesidad biológica inextricable. Súbitamente, la voz de la maestra rajó la membrana de un silencio lleno de cartabones y gomas Milán de borrar, y la Momia, corriendo, huyó despavorida desde el cuarto trastero.

—¡Aaaaah! —chillaba la pobre mujer— ¡Animales, salvajes, cafres! ¡Aaaaah!

Aterrorizada, iba con todo el maquillaje arruinado y trastabillando como una disparada gallina sin cabeza corriendo por las veredas de una granja. Aún hoy día, con barriga, con hijos, con gafas metálicas, al Mojón todavía le dan ganas de reírse. Rogelio, el Basurita, el que llegó a camionero de los supermercados *Día* de Madrid, desgraciadamente ya no puede reírse.

En breve, toda la pandilla formaba fila frente al despacho del director, un cabezudo pelón, alto y con gafotas negras. Había que trasladar a la Momia al hospital, le había dado un genuino ataque de nervios. Circulaban tubos de pastillas y grageas de colores por los pasillos. Las maestras correteaban por el corredor. Sonaban los teléfonos. Entró un guardia municipal. Sisebundo miraba a sus cómplices, rogando auxilio y deseando poder escapar.

Y fue de órdago: un verdadero rapapolvo mitológico. El director se rascaba la sandía calva, se atragantaba con el café de zurrapa, escupía una ensalada salivosa de blasfemias y maldiciones, y

preguntaba quién había sido el pedazo de hijo de puta. Les había visto Vicente el Garrapata colándose en la salita de material. Maldito Garrapata, ya te cogemos, mamón, te vamos a hacer un gazpacho gitano, por éstas. Como se mantenían todos tan calladitos, igual que los fiambres del padre de Sisebundo, el cabezón determinó entrevistarlos por separado en su despacho. A Sisebundo se ignora realmente qué le preguntaron, pero él lo negó tozudamente todo, le estamparon cuatro bofetones en la boca y le cocearon afuera. Después los demás, lentamente, uno a uno, apellido por apellido, ahora usted Rodríguez, no meta tanta prisa Heredia, que tenemos todo el día, los inocentes no tienen nada que temer, pausadamente, como la tortura de la gota en el cerebro. Hasta que le tocó por fin al último.

Era Fabián Rosales el Tocino quien sufría ahora dentro del despacho. Nadie había chivado nada todavía. Los demás aguardaban impacientes al otro lado de la puerta. Gorgui el Conejo aseguraba, temblando, que esa misma tarde se marcharía fugitivo al monte de Ronda o a la Garganta del Capitán, con una navaja de cortauñas y una yesca para encenderse fogatas, porque por nada del mundo ni del infierno se atrevía a presentarse ante su padre el bodeguero cuando se enterara. El Mojón también afirmaba otra tentativa de huida montaraz, y todos ya tomaban trascendentales decisiones análogas.

Pero, de pronto, se abrió el despacho. Surgió del interior a oscuras Fabián el Tocino lloriqueando como una María Magdalena. Y, junto a él, sonriente, el director, secándose la enorme bola calva, afirmando que el culpable se había confesado solo. Fabián Rosales el Tocino lloraba con los mocos y la baba colgando, rojo como un pavo asfixiado, y sangrando por las puertas de las narices, tal como Sisebundo en el almacén. Se armó un buen revuelo por los pasillos, acudió don Virgilio, se acercó el guardia municipal, y a aquel pobre mequetrefe lo expulsaron del colegio.

En esas edades una escena así impresiona mucho. Sisebundo no volvió a ver al Tocino por San Martín del Despojo, y, caminando después a casa a lo largo de la calle Santa Algarabía Micaela, meditó largamente en torno al Fabián Rosales inocente y autoculpado, acerca del poder y acerca de la opresión. Creyó haber aprendido finalmente qué es lo que buscan en realidad las autoridades, el director de la escuela, el cura, el sargento y el preboste. No soluciones a problemas, no explicaciones a las incógnitas, sino cabezas de turco, receptáculos del odio colectivo, canales de evasión. Desde luego. Qué crueles. Qué inmorales. Qué hipócritas.

Qué cerdos.

¡Fuera!

(Publicado en *Diario de Cádiz* en 1993)

Una *kantoorboekhandel* es una papelería. Pero una *vervangingsordendelenwinkel* es una tienda de repuestos para máquinas de escribir. Hay una diminuta *typemaschinenvervangingsordendelenwinkel* familiar en Verbrande Brug, una ciudad-dormitorio satélite de Bruselas. Se llama *Typemaschinenvervangingsordendelenwinkel* MAAS, y a partir del nombre todos pueden colegir que los dueños son oriundos del báltico río Maas, en cuyas riberas es Maas un apellido común, y que se trata de un negocio que después de la Segunda Guerra Mundial levantó cierta familia holandesa establecida en Bélgica. Así, cuando con un tiempo de perros Raschid entra en el establecimiento, una aguda campanilla destila un gorjeo de oro en las alturas. Esforzando el cuello, Raschid busca con la mirada ese cascabel de bienvenida que supuestamente debe de columpiarse sobre las jambas de la puerta. Pero no lo descubre por ninguna parte.

Huele muy bien. Flores tiernas saltan desde los jarrones de las esquinas, y un cuidadoso orden apilado justo al borde del caos fecunda el recinto con tranquilidad casera y maternal. Macetitas, afables cuencos de caramelos, fotos de sobrinos o nietos, pinzas de la ropa, funda de gafas, pipa a medio recargar, paquetito de cápsulas con metamizol para los nervios, escanciador de agua de colonia. Todo sobrevive, en perfecto equilibrio, entre las vitrinas de los productos y las estanterías que ordenan los líquidos para borrar la tinta y los tamaños de hojas de papel. Sobre una delicada montañita de cintas mecanográficas destaca un minúsculo espejo enmarcado con orlas. Allá se contempla Raschid, admirándose de su propio afeitado y de lo tersa que le ha quedado hoy la piel.

Llega una mujer. Le duele la espalda y ha tratado de cardar su peinado rubio una docena de veces en lo que va de jornada. Retira la funda de las gafas, el cenicero y la pipa con asco y un suspiro de desesperación, y tamborileando con los dedos sobre el mostrador se dirige a Raschid:

—¿En qué puedo ayudarle?

Raschid sonríe.

—Gracias, gracias.

La mujer entorna un párpado.

—Bueno, bueno; ¿qué es lo que deseaba usted?

—Gracias, muchas gracias —repite Raschid.

La mujer lo observa de través, con la mirada oblicua de un estudiante ante una ecuación de geometría.

—Vamos a ver. ¿Habla usted neerlandés?

—Pues sí, de verdad. Es que, verá, no quiero comprar nada.

—Usted no quiere comprar nada.

—No. Sólo quiero charlar un poco.

—Ya.

—No se ponga nerviosa.

—No me pongo nerviosa —dice ella; se asoma a la escalera de caracol y emite un chillido desgarrador—. ¡Hans! ¡Hans, por Dios! ¡Ven rápido!

Afuera la tormenta arrecia. Raschid chasquea la lengua, dibuja un gesto de resignación y extrae un paquete de *Gitanes*.

—Ni se le ocurra fumar aquí —le ordena la mujer.

Ya suenan los pasos de Hans en la escalera. Aparecen primero unas zapatillas deshilachadas y sin suelas que, a medida que van dando vueltas lentamente al eje de la escalera de caracol, van descubriendo poco a poco más y más: unos calcetines caídos, unos pantalones domésticos. Las rodillas lustradas, los puños gastados.

—¡Hans, vamos, por el amor de Dios!

—Ya voy, ya voy...

Hans, sin embargo, no se ha afeitado hoy, y las trácalas de la barba gris le espolvorean los mentones bajo las gafas. Es indudable que Hans no ha intentado peinarse ni una sola vez, y contempla el apurado de Raschid con admiración.

—A ver si te entiendes —dice ella— con este señor, que tiene ganas de bromear.

—Señora, no me ha entendido; no dije bromear, sino charlar.

—Yo sé muy bien lo que usted me ha dicho.

Hans arquea las cejas con curiosidad.

—Buenas tardes. Soy Hans Maas.

El bienafeitado inclina la cabeza con respeto.

—Es un placer, buenas tardes. Yo soy Raschid Al-Bisara.

—Así que quiere usted charlar.

—Eso es.

—Comprendo. La verdad es que hace un tiempo de mierda —dice el hombre; la mujer se muerde los labios—. Tal vez sea mejor que espere hasta que escampe. Un segundo... tengo ganas de fumar, ahora vuelvo.

Hans se gira y penetra en la trastienda.

—¿De dónde viene usted? —pregunta la mujer.

—De Marruecos, señora —responde Raschid.

—Hay que joderse —maldice Hans retornando al mostrador—, no encuentro mi pipa por ningún sitio.

—No blasfemes y no fumes —dice la mujer, y, jalándole de la manga, le susurra—. ¡Es un marroquí!

—Sí, señor Maas —afirma un atento Raschid—, soy de Mekhnes.

—Qué interesante. Pero óigame, señor Bisagra...

—Bisara, Bisara. Raschid Al-Bisara.

—Ciertamente, señor Al-Bisara. ¿No habrá usted visto mi pipa por aquí?

Con sonrisa divertida, Raschid mira a la mujer. Ella emite otro gemido de desesperación y saca la pipa de un cajoncito.

—Por favor, fuma sólo una pipa y nada más.

—Ya, ya. Escuche, señor Pizarra, ¿por qué no se sienta en este taburete? A mí me gusta mi tienda, sabe... Me gusta sentarme a veces aquí, en medio de todo esto. Es como un bazar, ¿no le parece? Así que usted es de Mekhnes.

—Nací en Mekhnes, aunque luego he vivido muchos años en Fez.

—¡Qué casualidad! Ahí estudia un sobrino mío. El hijo de mi hermano mayor, éste de la foto. Nosotros no tenemos hijos... Es un chico listo y serio. Estudía Textos Sagrados. Dice que el placer espiritual del perdón es superior al de la venganza. Oh, pero... tómese un té, por favor.

Hans empuja un termo de cerámica con el escudo de la Batavia.

—¿Su sobrino estudia en la Universidad de Fez? —pregunta Raschid, contento— Hombre, allí estudié yo también.

—No me diga. ¡Qué coincidencia!

Hans enciende feliz su pipa. La mujer asiste a la conversación con ojos de garza incrédula. Tras un par de frases más, sale del mostrador y se planta entre los dos como una estaca.

—Quiero que se vaya —escupe despacio.

—Marieke, estás muy nerviosa —dice Hans, con la dulzura apagada de la costumbre—, toma una pastilla y vete a descansar.

—¡Fuera! —repite ella.

—No quiero causar problemas...

—Claro —sostiene Hans con lisa calma—. Usted no es ningún problema, ella se calmará, y ésta es mi casa. No se preocupe.

—¡Fuera!

—Prefiero marcharme... No me siento muy bien —dice Raschid, alzándose del taburete—.

Gracias por la taza de té.

Con otra respetuosa salutación de cabeza, Raschid Al-Bisara se despide. Abre la puerta, la cascada de gorgoritos de oro resuena sarcástica y amistosa, y abandona la *Typemaschinenvervangingsordendelenwinkeltje MAAS* zambulléndose en la tormenta de agua y viento.

Frente a frente, la mujer y el hombre se miran con odio.

«Fuera», Diario de Cádiz, 3 de octubre de 1993.

Marisco gratis

Durante la primavera, el ámbito fermentable del cementerio de San Martín del Despojo se poblaba de insectos, y por la mañana todos andaban rascándose brazos y pantorrillas.

—Un año más —repetía cansino don Ambrosio el huevo frito—. Hay que ver, un año más. Qué barbaridad.

Estaba sentado en una tumbona playera de franjas verdes y amarillas, con un cojín estampado de flores. Don Ambrosio era un buen hombre, narigudo, regordete y entrado en los cincuenta años. Sorbía un quinto de cerveza *Estrella del Sur* escuchando el transistor, que siempre hacía sintonizar con Juan Carlos Viaga y su programa *Ecos de nuestras raíces* en Radio Marbella. Se sacó una taja de mojama seca del bolsillo y la mordisqueó. Recordó su llegada al pueblo, las cajonetas y el mercado y los camiones hasta que se topó con la barba de perejil de don Enrique Tomate, maestro y militante de las Plataformas de Lucha Libre Obrera que le ayudó a conseguir la plaza de sepulturero municipal. Cómo había cambiado todo.

Mientras se palpaba la tripa pudo ver que, simultáneamente, Sisebundo ascendía por la vereda de la hoyanca y el Mayuyo surgía por detrás de los contenedores. Al amanecer se había fijado en cómo el Mayuyo hacía sus cien flexiones en el suelo antes de desayunar y había contemplado sus piernas fuertes llenas de picotazos. También había oído a Sisebundo recitar monólogos en extranjero, frente al espejo. El Mayuyo era alto pero algo lento de ideas; Sisebundo era delgado y despierto, aunque había heredado la nariz paterna. Una extraña alegría le inundó el corazón al sepulturero viendo a sus hijos, dos varones adolescentes.

—A ver, sentaos ustedes dos —les conminó—, que ahora que lo pienso nunca nos ponemos a charlar los machos de esta casa.

—Mucha verdad —opinó el Mayuyo, colgándose de la barra horizontal que cruzaba el vano de la puerta, ejercitando bíceps mientras hablaba—, aquí sólo nos peleamos.

—Ostia —picó Sisebundo—, el mono Amedio éste sabe hablar y todo.

—Bueno, bueno —interrumpió el padre—, vamos a hablar una mijita. Sentarse.

—*Yes* —aceptó Sisebundo—, *yes*, ya era hora.

Aquella era una tarde extraña. Se iba poniendo el sol, y se les estaba contagiando algo melancólico del oro brillante del mar.

—Niño —preguntó el padre a Sisebundo— ¿de dónde vienes tú ahora, que te fuiste esta mañana con la fresca?

—A Gibraltar con Rogelio el Basurita. *Very good today* —dijo Sise; su padre y su hermano se echaron a reír en su misma cara—. Ustedes reírse pero el tío está todo el día *up and down* y saca de tó. Yo ya sé contar hasta quince *fifteen numbers*, y dice que a lo mejor si cuento bien me enchufa en el Bingo de Main Street.

—Ahí hay goma de la buena —dijo el Mayuyo.

—Digo —afirmó Sise—. Pero hay que hablar como el primo del Basurita, el policía, que le dice a su mujer: “chiquilla, abre la *window* pa’ que entre el *cold*.” No sabe nada ése. Habla ya una jartá de *cool*, qué envidia.

—Sise, hazme el favor —rogó el Mayuyo, mirando únicamente al músculo de su brazo, al que hacía subir y bajar—. Dile al primo del Basurita que me dé una pistola, anda.

—Y dale, Mayuyo —contestó el hermano—, cojones, pareces tonto, no te lo habré dicho veces. Le cae un puro del diez. Ya vale. *Finish* —y se giró hacia el padre—. Pero no veas, viejo, cómo habla el tío. Y que no se corta nunca; ha cogido a la paquistaní ésa y delante nuestra la ha puesto colorada, le ha dicho “niña, *I love you* yo a ti.” Casi se tapa la cara la tía con el pañuelo.

—Pues —dijo el Mayuyo— a mí lo que me gustaría es tener una pistola.

El enterrador contemplaba a sus dos hijos con candor: con el embeleso indescifrable de la sangre. Arrojó la botella a lo lejos y la estrelló contra el contenedor. Se les acercó.

—Queridos míos, un año más —murmuró—. No se os acordaréis porque sois los dos unos hijos de la gran puta, pero ya es el cumpleaños de la mama.

—¡Otro *birthday*! —exclamó Sisebundo— Yo ya ni me acuerdo de cuántos años tiene.

—Vamos a matarla, para que no sufra —dijo el Mayuyo, y los tres rieron.

—Hay que tener corazón —expuso el padre—. Vamos a hacerle algo especial a la pobre, que se lo merece.

—Yo me he traído una lata de *cornered beef* —dijo Sisebundo—. La he chorizado en el Leandro’s Grocery del Governor Square.

—Déjate de pamplinas. Lo que hay que hacer... —y aquí el padre les encerró en un círculo secreto de susurro cómplice, paternal— Es que me he enterado de que Pentecostés, el primo de vuestro maestro Enrique Tomate, ya sabéis, el que trabaja en la Transmediterránea...

—Aligera, papa —rogó Sisebundo—, que se hace de noche.

—Que el gachó —continuó el padre— se ha traído de extranjis una partida de marisco entera; aquello vale un potosí: percebes, langostas, gambas y ostras y unos mejillones como sandías... Pero ese tío es un sinvergüenza y no se lo merece, así que como el que roba a un ladrón tiene mil años de

sifón...

—Será de perdón, papa —dijo el Mayuyo.

—Pues bueno. Eso —aceptó el padre—. Se lo vamos a quitar y ese va a ser un pedazo de regalo de cumpleaños para la mama.

Los dos hijos se miraron sorprendidos.

—Pero papa —terció Sisebundo—, que el Pentecostés es una mala bestia. Y a la mama le sienta mal el marisco, tú sabes que no lo puede comer... Y además que a ella no le gusta. Que no es buena idea, viejo. *Me think no good, pero for nothing*, vamos.

—Un día es un día, carajo —exclamó el padre—. Y de Pentecostés me ocupo yo. Dejármelo a mí.

—Di que sí, papa —opinó el Mayuyo—. Y yo le tengo unas ganas a su hijo el Geriberto que no me puedo aguantar... ¿Pues no se está paseando por ahí con la Auxiliadora? Ella era mi novia antes y ahora me lo está restregando por la cara el muy gitano, que encima su madre ni está casada con el moraco ése, con lo feo que es, y le trae al fresco todo lo que haga la niña, como se nota que... ¿Lo ves? Si yo tuviera una pistola... Si yo tuviera una pistola...

—Está decidido —zanjó el padre. Rodeó sus cinturas, empujándoles, y formando la figura de gordo, delgado y forzudo más cómica de todo San Martín.

—Vamos para allá, hijos míos —dijo; y, con una sonrisa en sus labios demasiado gruesos, añadió:— Por fin vamos a hacer una cosa los tres juntos.

—Sí, no veas —dijo Sisebundo—. Parecemos el bueno, el feo y el malo.

Ya la noche descendía desde lo alto del cielo, como un tiento de calma oscura; como una descomunal mano pacífica y negra. Los silbidos de las ollas a presión y el olor de los delicados potajes de garbanzos con acelgas se remontaban hasta las fosas nasales como una fiesta postrera de la tierra. Una tierra pateada ahora por las sandalias de los tres machos Cebolla que cruzaban el barrio de Santa Algarabía Micaela hacia los pisos nuevos, entre andamios, estrellas fugaces y abundantes gatos con manchas pardas sobre los ojos.

Finalmente entraron en un edificio malparido, con el hormigón al aire, como si fuera un gigante gris despellejado por orden del Ayuntamiento. En la segunda planta, diez personas jugaban al bingo alrededor de una mesa de cocina.

—A las buenas de Dios —saludó el sepulturero.

—A la paz de Dios —exclamó Sisebundo.

—Dios bendiga esta santa casa —dijo el Mayuyo.

—Que Dios nos coja confesados —se alarmó Encarna, la esposa de Pentecostés, abrazando al

repelente de su hijo pequeño y levantando la vista de las bolas del bingo—. ¿Ustedes qué hacéis aquí?

Ambrosio el huevo frito se subió el cinturón de los pantalones, propiedad del municipio. En la cara de Encarna sólo cabían dos enormes ojos y una boca, aún atractiva y rodeada de carmín, desde donde salían todos sus desdenes.

—Estas no son maneras de recibir a un cristiano —se quejó don Ambrosio Cebolla.

—Mamá, mamá —dijo el niño pequeño—, ¿este hombre quién es?

—No me frías más la sangre, Ambrosito —exclamó la madre. Los vecinos que jugaban al bingo levantaron la vista, y uno con bigote aprovechó para mover una bolita inquieta.

—Mira —dijo Encarna—. Los enterradores traen mal fario, tú ya sabes.

—Mamá, déjame jugar al bingo.

—¿Que los enterradores traen mal fario? —preguntó don Ambrosio— Claro. Y los higos chumbos también. No te fastidia... En fin. Tengo que hablar con el cornudo de tu marido.

—Mamá, yo quiero jugar al bingo.

—Tú verás a Pentecostés si a *mí* me sale del jigo, ¿estamos? —se irritó Encarna— No te creas tú que vas a venir a darme órdenes en mi propia casa. Pues nada más que me faltaba eso, leche.

—Mamá, yo quiero pipas con sal.

Una muchacha salió del interior de la casa con una fuente de altramuces. Era bajita y pizpireta, sonriente y algo bizca.

—Hola, Sise, corazón —saludó ella.

—Qué tal, Auxiliadora —respondió Sisebundo.

—¿Auxiliadora? —se extrañó la muchacha— Antes no me llamabas así. Tú me decías Auxili. Sisebundo dirigió una mirada temerosa a su hermano.

—¿Todavía sigues hablando con los muertos? —insistió ella.

—Claro —dijo él—. *Everyday* y todos los días.

—¿Y ya hablaste con mi abuela Felipa?

—Sí... Dice... que... que tengas cuidado con quién andas...

Auxiliadora se echó a reír.

—Déjate de hablar con los muertos —le aconsejó a Sisebundo— y vente a trabajar a la panadería de mi tío Eustaquio. Ven aquí cerquita. Por Dios, Sisebundo, afeítate ya —y añadió en voz baja, para que sólo la oyera Sisebundo:— ¿Has visto cómo nos mira tu hermano el Mayuyo?

Pentecostés el de la Transmediterránea, también un cincuentón regordete, acudió al salón sin peinar ni afeitarse. Aún traía los ojos rojizos del sueño.

—Cuando yo era chinorri —dijo— la gente respetaba el sueño de un trabajador.

—Di que sí, Pentecostés —terció el vecino del bigote—. Que entonces vivía Franco.

—Mamá, yo quiero jugar al bingo.

—Ni aunque tenga yo turno de noche, hay aquí respeto —continuó Pentecostés—. Ustedes se acordáis de que con este hombre —dijo señalando un retrato de Francisco Franco aferrado a un gran pendón, bajo un cartel de las Plataformas de Ducha Obrera— había un respeto y una autoridad y una cosa. Había hasta más pescado, el marisco se reproducía más y mejor. Los marroquíes nos tenían más miedo, y los barcos iban más rápido.

—Mamá, yo quiero la foto de Franco.

—Qué casualidad —empezó a hablar Ambrosio Cebolla—, fíjate tú lo que son las cosas. Precisamente de marisco venía yo a hablarte...

Del pasillo de la entrada, donde abría su corriente la puerta abierta de la calle, llegó un mozo alto y moreno, con la camisa abierta y una medalla de San Clarenbaldo en el pecho. Era Geriberto, que escupió y dijo:

—Aquí huele a muerto, qué peste.

—Peor huele el pescado —dijo el Mayuyo.

—Peor huele otra cosa que me callo.

—Pues más vale que te la calles.

—Oye, sepulturero —replicó Geriberto—, tú no habrás venido aquí a molestar a mi novia, ¿no?

—Hombre, Geriberto —se rió el Mayuyo—, no seas agonía. Entérate de las cosas, que más vale vomitar que tener mala digestión. Pero si esta mujer se la ha chupado hasta a mi hermano Sisebundo, con lo alfeñique que es.

—Ay, ay —gimió Auxiliadora; la muchacha miró al Mayuyo entornando y achicando los ojos, y le dijo:— Tú te vas a morir de una enfermedad muy mala, muy mala.

—¿Eso es verdad? —rugió Geriberto, agarrando a Sisebundo por un brazo— ¿A ti te la ha chupado mi novia? ¿Sí o no? ¡Venga, habla!

—¿Yo? —murmuró Sisebundo, a quien se le enturbiaban los ojos del pánico— A mí dejarme en paz... yo no quiero saber nada, dejarme en paz...

—Tú suelta a mi hermano, espulgaperros —gritó el Mayuyo.

Detrás de ellos, Pentecostés enrojecía de furor.

—¿Que yo te dé para tu mujer...? —preguntó, incrédulo— Mira, tú... A ti te ha dado mucho el sol en la cabeza, Cebolla.

—¿Tú quieres... —dijo don Ambrosio Cebolla, alzándose de nuevo los pantalones como Manolo Morán— tú quieres que yo hable aquí, delante de toda esta buena gente?

Los jugadores del bingo, tres matrimonios vecinos, prestaron la mayor atención.

—Mamá, yo quiero coca-cola...

—Maldita sea la leche que mamó el demonio de todos los colores —exclamó Pentecostés, con livor de rabia en la cara—. ¡Que viva España, coño! —gritó, y se cuadró a lo fascista.

—Sí, viva —dijo el sepulturero sin cuadrarse—, ya sé que fuiste legionario de la muerte en el Sáhara, pero yo espero —y aquí miró a la mujer de Pentecostés—, yo espero no tener que hablar.

—Ay, San Bartolomé de los Milagros —gimió Encarna, perdiendo aplomo—. Vete y que te perdone la Virgen. Ay, en qué mala hora...

—Mamá, ¿por qué no jugamos más al bingo?

A Pentecostés se le deshacía la cara de ira.

—¡O sea que lo confieras! —chilló Pentecostés a su mujer; y volviéndose a continuación hacia su enemigo, exclamó:— ¡Me cago en tu madre, Cebolla, y me cago en *todos* tus muertos!

—Un momento —interrumpió Sisebundo, acercándose—. Ahora me toca a mí.

Agarró la mesa por las patas delanteras, la alzó, y gritó *¡Bingo!* volcándola encima de Pentecostés, Encarna y el niño pequeño. El Mayuyo empezó a descargar mamporros sobre la cabeza de Geriberto. Todos corrían y soltaban grandes alaridos. Sisebundo revoleó las sillas, los altramuces y los arriates de geranios, pegó una patada en la barriga de Franco y se fue. Los vecinos chillaban en el suelo, Ambrosio Cebolla se hizo con el saco del tesoro y Auxiliadora se tiraba de los pelos como una loca.

—Mamá, mamá, me he tragado una bola...

Serpenteando por los senderos de rastrojos, colina arriba, se divisa un paisaje espléndido cuando hay luna. Al ascender hacia el cementerio es posible contemplar todo el camino de plata mar adentro y el revoloteo de polvo de estrellas de algunos ángeles. Las tres espaldas que ya conocemos subían turnándose el acarreo de la talega.

—¿Es verdad que tú hablas con los muertos? —preguntó el Mayuyo.

—Cuando se tercia —contestó el hermano—, sólo cuando se tercia.

—También se lo has dicho a Auxili... —murmuró el Mayuyo. Y, con un gesto de profunda tristeza, añadió:

— A ti también te gusta mucho Auxili, ¿verdad?

—Mira, hermano —dijo Sisebundo—, hoy es un día muy importante, sabes. Hoy yo me he dado cuenta, y todo el mundo se ha dado cuenta, de que a ti no te hace falta ninguna pistola. Desde luego, me voy a acordar toda mi vida de la cara que ponía el tontolhigo del Geriberto cuando tú se la estabas partiendo... Alucinante, tío. Alucinante. ¿Lo ves? A ti no te hace falta ninguna pistola,

hermano. Estoy muy orgulloso de ti.

El Mayuyo sonrió. De pronto, el cabeza de familia se detuvo, perplejo. Volviéndose hacia su prole, preguntó:

—Chiquillos, ¿qué horas serán?

—Lo menos las cuatro —respondió Sisebundo.

—Pues vaya pegote —dijo el padre, y se sentó, jadeando, sobre una gran roca de pizarra.

—¿Qué pasa ahora?

—Que la mama ya se ha acostado —explicó el padre—, porque no hay luz en la casa. Claro, se tiene que tomar las pastillas del médico y se queda frita. Hemos llegado demasiado tarde.

Los hermanos, con un par de cortes y cicatrices en las mejillas, se miraron asustados.

—¡Será posible! —exclamó el Mayuyo— Y ahora, ¿qué?

—Quieto parado —dijo el padre—. Qué asco de juventud, no sabéis hacer nada. Tiene guasa esto. ¿Quién lleva el limón?

El Mayuyo se sacó un limón de la camisa a cuadros y el padre empezó a descerrarar mejillones con su navaja. Luego los fue regando con el agrio y repartiendo con sus hijos. Mantuvieron silencio hasta que se trocearon la langosta encima de la piedra. El vientre succulento se ofrecía blanquísimo a la luz de la luna, y les llegaba una brisa suave desde la superficie del mar.

—Oye papa —dijo el Mayuyo—, ¿tú crees que Auxiliadora es una puta?

—No sé, hijo —respondió el sepulturero, masticando la pata del crustáceo—. Puede ser. Puede ser. Pero no te preocupes tú mucho por eso.

—Porque —murmuró el Mayuyo— una mujer que se la chupa a tu hermano es una puta, ¿no?

—Pues... según, hijo mío, según —dijo el enterrador, y miró con cariño a su vástago—. Según. Tú tranquilo. Tú no le des más vueltas.

—*Hey, father* —intervino Sisebundo—, ¿con Franco había más putas? El Pentecostés siempre dice que cuando Franco las putas tenían las tetas más gordas...

—Desde luego —razonó el padre—, hay que ver la poca consideración del espíritu que tenéis ustedes. Aquí los dos hablando de garrerías y ¿no se acordáis de quién es cumpleaños hoy?

—Es verdad —dijo el Mayuyo—. Mañana llevamos a la mama a comer caracoles y luego nos vamos sin pagar.

Los tres asintieron.

—La mama es muy buena, ¿no, papa? —preguntó Sisebundo.

—La mama es una santa, hijos míos. Una santa. Una verdadera santa —contestó el padre, sorbiendo el vientre delicioso de la langosta.

Por encima de ellos brillaba, feliz, la luna llena, con un círculo blanco de moneda divina.

Sodoma y Moncloa

*A mi abuelo Ramón, Capitán del Ejército
del Gobierno Legítimo de la Segunda República Española,
cuyos recuerdos sobre su amigo el barbero dieron pie a este relato.*

—¿Por qué han matado a papá? —pregunté.

Mi madre y sus dos hermanas me guiparon de reojo. Mamá y la tía Bernarda eran morenas y topochas; estaban sudando a chorros. La tía Rosa era rubia y delgada, y no sudaba nunca. Pero aunque no había motivo, yo intuía que me iban a atizar, porque se las veía muy nerviosas.

—¿Por qué han matado a papá? —insistí.

—Cállate, *desgraciao* —escupió la tía Bernarda—. Cretino. Anormal.

—Deja ya al crío —intervino la tía Rosa.

Conduje de nuevo mis ojos hasta la ventana. Los cuatro requetés altaneros volvían a echarse los fusiles al hombro entre grandes voces. Mi padre, inanimado, yacía en el suelo rojizo del patio de luces como un espantapájaros derribado, como un títere al que le hubieran cortado los hilos.

—Cuánta sangre —dije yo—. Y cómo se parece papá al tío Santiago.

—¡Aparta de la ventana! —exclamó mi madre, y me propinó un puntapié en el trasero—. Vas a conseguir que nos maten a todas.

Todo el mundo estaba muy nervioso. Menos mi padre, claro.

Era septiembre de 1939, y todo Madrid era una ratonera hedionda y cochambrosa. La viuda tía Bernarda desde luego apestaba un mazo. Padecía del estómago, siempre estaba evacuando y no dejaba a nadie entrar al retrete. Ahora dormía en nuestro cuarto trastero, pero toda la vida había residido en la calle Ferraz, y la tía Rosa, que ni podía concebir ni se había casado, en el Paseo de Rosales. Las dos al oeste de Moncloa, donde el frente de guerra. Sus casas habían quedado aplastadas, con mis primos dentro, y las dos tías se habían venido entonces a vivir con nosotros. A mí los primos nunca me habían caído muy allá, y desde que quedaron espachurrados la tía Bernarda me aborrecía con un odio mortal. Me pateaba las posaderas con mayor saña que mi madre, y repetía que la vida era injusta, porque siendo yo el zopenco y el majadero de la familia había sido el único niño en salvar *la epidermis*. Desde que me llevaron otra vez al colegio después de tres años sin asistir

a clase y me raparon la olla, tenía una pinta de paparote que echaba para atrás, todo hay que decirlo.

Ay, la calle Fuencarral, el número 103, y el reparto semanal de comidas mediante cartillas familiares para Chamberí y Moncloa, y la cola que llegaba hasta Alonso Martínez... Los atardeceres estaban llenos de moscas, y seguían circulando camiones atestados de cadáveres con las manos y los pies, azules y huesudos, colgando por fuera. Mientras mamá guardaba cola, yo leía los anuncios pegados al kiosko de la plaza de Bilbao. El público ahora era muy militar, pero teatros y cines seguían ofreciendo las mismas obras que meses antes con la República. Mismos actores, mismo horario. El novillero Félix Almagro, debuta José Alcántara. Lolita Granados y la Orquesta Atracción Bolero en el Chueca, tres pesetas precio único. Harold Lloyd y Adolfo Menjou. En el Variedades contaban chistes del tipo de: “Señora, lo que tiene usted en ese ojo es una catarata.” “No me extraña, he pasado una larga temporada junto al Niágara.” En los diarios, *Serrano Súñer visita a Mussolini y la Legión Cóndor que liberó Guernica es recibida en Alemania entre grandes desfiles*. Luego yo acompañaba a mi madre, de vuelta a nuestra casa en Hilarión Eslava número quince, y teníamos que pasar por delante de la barbería de papá. El cartel colgado en la puerta cerrada era un verdadero escupitajo en el alma: “Cerrado por defunción.” Me sentía triste, como un largo, largo río sin agua.

Alguien había traicionado a mi padre y nos *le* habían matado. ¿Quién habría sido? Mi padre había sido peluquero, y un pelín chuleta, muy del Foro, muy Madriles. Pasaba los cuarenta años, tenía la frente muy ancha, los ojos verdes, el mentón bien dibujado, y daba gusto verle sonreír. Mi madre sin embargo, cuando él no estaba presente, decía que era un *toliri* y un *enterao*. Desde el balcón, mi madre y yo solíamos ver a mi padre pasear del brazo de la tía Rosa, y mamá comentaba: “Ya viene tu tía Rosa; no es una moto pero trae sidecar.” La tía Rosa era muy buena conmigo: me compró una bayonesa el día que por fin cobró su primer sueldo de maestra en moneda nacional.. En la Travesía del Arenal les pagaban a los maestros nacionales el día tres. A las maestras el día cuatro. Condición precisa era presentar certificados de la vacuna antitífica y antivariólica. La vacuna era gratis si se llevaba el carnet de Falange.

¿Quién habría matado a mi padre? Una tarde, jugando entre las bombas sin explotar que habían caído cerca de la Estación del Norte, me contó Indalecio, el hijo del limpia, que a papá alguien le había vendido. Al día siguiente la tía Rosa me enseñó una foto del ABC (era la única en casa que leía los *papeles*). En la foto salíamos el Indalecio y yo, rapados y harapientos, saltando entre los yerros, los escombros y los despojos, y debajo venía escrito: *Ante una época de destrucción y muerte, estos niños están aprendiendo a ser optimistas constructores de una primavera de paz y de amor*. La tía Rosa sonrió, mostrando unos dientes preciosos, y rasgando la hoja me dijo:

—Anda, majo, guarda la foto. Que como tu madre vea que estabas haciendo pellas te va a zurrar la badana.

¿Lo habían traicionado? Qué raro, pensé, porque mi padre era boquifresco pero prudente, y un barbián precavido nunca se hace enemigos. Sólo le había visto acalorarse fuerte una baza con mi vieja. Mamá padecía de los nervios, pasaba semanas enteras en cama y lloraba un rato todos los días. A mí me encantaba que llorara. Porque entonces era cuando mi padre aprovechaba y me sacaba de paseo. Por ejemplo en las verbenas de San Isidro, él *la* decía:

—Gordi, ya sé que te toca llorar a las ocho, pero podrías hacer un esfuerzo y llorar ahora. Es que han *montao* un guñol en el Retiro. Así saco al mamacallos éste y matamos dos pájaros de un tiro.

Y ella lloraba y yo brincaba de alegría. Un día sin embargo, mi madre gritó que él la estaba engañando con su propia hermana.

—Ahí va —dijo mi padre—, parece que va refrescar. Será que hay borrasca en Cibeles.

—Te gusta porque es más joven que yo —dijo mamá—. Sólo por eso.

—¿De verdad? —dijo él— Fíjate tú. *Pos* no me había *dao* ni cuenta.

—*Na* más que buscas su cuerpo, su palmito, si lo sabré yo —dijo ella—. Cochino asqueroso. *Pos* te juro que un día me las has de pagar. ¡Por éstas!

Cada tarde, al salir de la catequesis obligatoria de la escuela nacional, yo ayudaba a mi viejo en la barbería, con la basura y los pelos y esas marranadas. El tío Santiago le había convencido para que colgara un cartelón que anunciaba: *Corte de pelo, dos pesetas—Héroes de la Cruzada: Sólo peseta y media*, pero no había retirado los almanaques de la pared, que eran de una señora muy adornada y con la bandera tricolor, porque según decía, seguía siendo el treinta y nueve y no estaba la cosa para derrochar.

Cierto día, faltando poco para cerrar, entró un señor corpulento de pelo cano con chaqueta oscura. Echó un vistazo al local y luego se quedó mirando a mi padre, entornando los ojos y apoyado en el camarín. Mi viejo acabó de trasquilar al quiosquero de la plaza de Valle-Suchil, que salió rascándose la nuca, y durante un tiempo bien largo, el recién llegado y mi barbero se estuvieron quietos mirándose a los ojos. Al final fue el desconocido quien rompió el silencio.

—Su peluquería no me gusta ni un pelo —dijo.

—Da igual —repuso mi padre—. Como no está en venta...

—¿Eso qué hace ahí? —preguntó el desconocido, apuntando a los almanaques— ¿No será usted un rojo?

—Ni por pienso. Soy devoto de San Froilán. Estudié en el seminario. Yo iba *pa* cura, pero...

—¿No hablará usted de política con los clientes? —preguntó el hombre.

—Aquí sólo se habla de toros y una miaja boxeo. Yo no entiendo ni de *football*.

—Ya —dijo el desconocido—. ¿Qué hizo usted durante la Cruzada?

—Rezar —contestó mi padre—. Rezar muchísimo.

—No se me pase de listo —ordenó el hombre, perdiendo la paciencia.

—Y usted no se enfade, hombre, que los coléricos viven poco y mal...

El hombre del pelo blanco reventó como un obús del ejército.

—¡Quita eso de ahí o hago que te entrullen, mamarracho!

Mi padre inclinó la cabeza, lo suficiente para que el desconocido no viera que seguía sonriendo, y arrancó los calendarios. Amasó una bola con ellos y *le* arrojó a la papelera.

—Así está mejor —dijo el hombre.

Y se dirigió a la salida. Pero al abrir la puerta, dudó. Se giró de nuevo y volvió a mirarnos desde el umbral.

—Tal vez venga un día a cortarme el pelo —dijo sonriendo—. Espero que no te tiemble el pulso. Rojo.

—No hay *cuidao* —contestó mi padre—. Uno es un profesional.

El tipo se marchó riendo. Mi padre se secó las manos y murmuró:

—Falangistas a tutiplén. Jopé qué plaga.

—Pero papá —dije yo, boquiabierto—, ¿cómo sabes que era un falangista?

—Por la olor, hijo —me contestó—, por la olor.

Al cabo llegó el tío Santiago, camarero vitalicio del Café Comercial, al que informamos de aquella desapacible audiencia. Mi tío tenía el coraje de una alcachofa y se asustó. Siendo hermanos gemelos mi padre y él, era chocante ver cuánto se parecían en la cara y cuán poco en el carácter.

—Atiende, Ricardo —le dijo a mi padre, una vez que cerramos la barbería, y yo andaba barriendo pelos—, vengo del médico. Lo mío del soplo en el corazón no tiene cura, macho. Tengo anemia y me levanto vomitando sangre.

—Resumiendo —intervino mi padre—, que la vas a cascar.

—*Pos* me temo que sí —masculló mi pobre tío, mirando al suelo.

—*Pos* ya ves tú —repuso mi padre—. Total, *pa* lo que hay que ver, tampoco te pierdes gran cosa.

—Tú nunca pierdes desplante —dijo mi tío, ahora sonriendo—. Qué empaque el tuyo, macho.

—Y tú qué cacho bolo andas hecho, Santiago —dijo mi padre—. Manda más pelotas y no pongas ese hocico. Pero si *tós* nos habemos de morir, jolín. Hasta yo, con lo guapo que soy.

—Eres muy vanidoso, Ricardín.

—No, majo, no —aseguró mi padre—. Yo solía ser vanidoso antes. Ahora lo que soy es perfecto.

El tío Santiago suspiró, y vomitó un chorro de sangre en el aguamanil. Contemplándome con lástima, sugirió que me sonara los mocos. Luego se lió un maloliente pitillo, hecho de colillas sueltas.

—No sé qué hacer, Ricardo —dijo mi tío—. Ahora me apena no haber tenido arrestos para ir al frente. Tanto conservar el pellejo, y al final, *pá* qué... Aunque a lo mejor, quién sabe...

Mi tío echó el humo por la nariz, observando el vacío que los almanaques habían dejado en la pared mugrienta.

—Quizá aún podría dar la vida por alguna buena causa —continuó diciendo—. Quizá podría dar la vida por ti, si algún día te metes en un tollo garrafal.

—Anda, déjate de tontunas —dijo mi padre.

—Que sí —repuso mi tío—. Como somos gemelos, podría hacerme pasar por ti... no sé...

—Ay, qué indeciso eres, Santiago.

—No, majete, no —dijo mi tío, tosiendo con fuerza—. Yo solía ser indeciso antes. Ahora, ya... no estoy tan seguro.

¿Quién había matado a mi padre? ¿Sería el desconocido del pelo blanco y la chaqueta oscura? Una tarde no acudí ni a la catequesis ni a la barbería porque mi madre apenas podía moverse. La pelotera entre mis padres a la hora de la sopa había sido de órdago, y me había tocado barrer la casa. Entonces llamaron a la puerta, y cuando ya me temía que fuera el cura del colegio, abrí y me encontré con el señor del pelo cano.

Preguntó por mi autora, y empezó a *mostrarla* documentos del Subsidio Familiar. Estaban junto a la ventana desde donde, poco después, yo creería ver fusilar a mi padre. De repente el hombre preguntó:

—¿Su marido es un rojo?

—Un cabronazo es lo que es —contestó mi madre—. *Tol* barrio sabe que me los *tié* puestos como pitones...

—*Pos* si es un cabrón, *le* podría denunciar —propuso él.

—*Pos* sí que podría, sí —aventuró mi madre—. Se merece una buena tunda. O una temporadita a la sombra.

—Natural —afirmó el hombre—. Eso esta hecho.

Pero mi madre seguía siendo madre, y el sentimiento de despecho pronto dejó paso al de protección.

—Tampoco quiero que me *le* maten —dijo al desconocido.

—A veces no hay más remedio —dijo éste—. Ya sabe que una manzana podrida corrompe el cesto entero. Pero yo tengo mucha mano en el reparto de comidas...

El hombre sonreía con maldad. Mi vieja lo miró fijamente. Se irguió como pudo, y dijo:

—Haga *usté* el favor de marcharse. Hoy estamos de limpieza.

Me sentí como un babieca, con la escoba en la mano. El aire de la casa estaba lleno de moscas. Apestaba. La tía Bernarda había vuelto a encerrarse en el retrete.

—Recuerde —dijo el hombre— que la guerra aún no ha terminado.

—*Usté* lárguese o le echo a los perros —afirmó mamá.

—¿Qué perros, mamá? —pregunté yo.

—Le repito que la guerra no ha terminado —insistió el hombre.

—Pero, ¿qué perros, mamá? —insistí yo.

—*Amos*, fuera de aquí, caballero —exclamó mi madre.

El hombre retrocedió despacio y se fue.

—Pero mamá, ¿dónde está el perro? —repetí.

—Ay, hijo —se desesperaba mi vieja—. De verdad, eres más tonto que un hilo de uvas.

¿Por qué habrían matado a mi padre? Al día siguiente de su entierro hubo una concentración femenina de Falange en Medina del Campo. Un dólar valía nueve pesetas, un marco alemán, tres con cuarenta y cinco. Decían que el procurador hispano-soviético había estrangulado a mil setecientas personas en Leganés con sus propias manos. Radio Nacional abrió la emisión a las diez y media de la noche y la cerraba sólo hora y pico después, pero le daba tiempo a contar algún chiste de exámenes: “¿Conoce usted, señorita, el Principio de Arquímedes?” “No señor, el principio no; yo vine a clase cuando ya estaba empezado el curso.” Habíamos vuelto a atender misa cada domingo, y allí el cura aseguraba que nuestro barrio estaba lleno de mujeres de moral distraída. “Esto no es Sodoma y Gomorra,” bramaba, “es peor: ¡esto es Sodoma y Moncloa!” Entonces mi madre miraba a la tía Rosa. Y la tía Rosa *la* devolvía retadora la mirada.

Nunca volví a ver al tío Santiago. Contaron que el enfermo había emigrado a las pampas, empleando allí su experiencia para montar un restaurante especializado en cocidito madrileño demócrata y chotis constitucionales. Una sarta de filfas, claro. Por mi parte, después del entierro de papá seguí haciendo pellas y yendo a jugar entre obuses fallidos con Indalecio, el hijo del limpia.

—Oye —me soltó una baza—, ¿sabes que a tu padre le despacharon por culpa de tu madre?

—Sí —repuse—. Ya lo sé.

—¿Y qué piensas?

—*Ná* —dije—. Qué voy a pensar. Son cosas de ellos.

—Tu madre es una cacho puta —sentenció.

—Eso no puede ser.

—*Amos*, no te giba el tío ahora —dijo Indalecio—. ¿Y por qué no?

—Porque las putas follan y mamá no folla desde lo de Calvo Sotelo.

—¿Y tú cómo lo sabes, criatura? —preguntó riendo.

—Jolín —exclamé—, yo duermo al otro lado de la cortina que separa las camas.

—Ostras —dijo Indalecio—, entonces ¿ya sabes tú lo que es follar?

—*Pos* es resoplar como hacen los caballos... pero en plan *mú* bestia.

¿Por qué habrían matado a mi padre? En noviembre de 1939, mis tías, mi madre y yo nos mudamos de Moncloa a Carabanchel, a la calle de la Oca. La tía Rosa se había hecho con el poder absoluto desde que la pusieran en un colegio muy grande. Ahora pagaba las facturas y había obligado a la tía Bernarda y a mamá a trabajar tras el mostrador de una tienda de refajos y bragas en General Ricardos. Y había arrancado el pestillo del retrete. Yo me quedé sordo de un oído cuando me estalló una bomba en la Estación del Norte, aunque Indalecio tuvo peor suerte. Y la tía Rosa me insistía en que yo no era ningún *toliri*, que no me lo creyera, y me hacía *leerla* el periódico en voz alta.

Un sábado por la mañana la tía Rosa y yo estábamos solos en el piso y yo *la* leía el ABC: *Las fábricas españolas de papel aumentarán su actual producción. Pronto no habrá ni una imprenta parada ni un cerebro ocioso por la falta de esta materia indispensable*, cuando de pronto llamaron al timbre de la puerta. Mi tía fue a abrir, oí que reprimía un grito de júbilo, y, al asomarme al recibidor, vi cómo abrazaba y besaba en la boca a un hombre muy delgado y con barba. Al principio no me di cuenta, pero cuando le vi los ojos verdes comprendí por fin. Llevaba gafas falsas y un abrigo largo y negro. Me acerqué y le tiré de la manga.

—Oye, papá —dije—, pero ¿a ti no te habían *matao*?

Y mi padre, que lloraba en silencio, me acarició la cabeza y sonrió dulcemente.

Nuestro *gachó* en Varsovia

Dicen que ayer murió uno de Algeciras en Polonia, no veas qué sitio más rarísimo para morirse, aquí viene, en el diario, mira, *Fuentes de la Oficina de Información Diplomática confirmaron ayer la muerte de dos personas de ciudadanía española en la capital de la República de Polonia. Un funcionario que exigió permanecer en el anonimato aseguró que el accidente se había producido en un edificio anejo a la Universidad de Varsovia, y que ambos fallecidos eran profesores de español.*

Esta mañana, pensó nuestro *gachó* en Varsovia aquel último día de su vida, esta mañana he mirado a Coral con un viso de pena y he apagado mi cigarrillo polaco junto a la ventana. Mi perro, el Tozmi, ha ladrado bajito porque desea jugar. Es un chucho castrado de color marrón, pequeño como un conejo. He tosido, ay, ay, tengo que dejar este veneno. Estos polacos manufacturan un tabaco rubio llamado *Carmen*, que trae franjas horizontales rojas y blancas en el paquete y que a mí me recuerda al *Bisontes*. Sigo aplicando *Fostún* en las juntas de los rodapiés, una mixtura de solanina, arsénico y heléboro, visto que seis millones de polacos asesinados en la Segunda Guerra no libraron a este país de las ratas y las cucarachas.

—Jolín, eres un aful de tío —insiste Coral. Parece nerviosa. Yo también padecía la tendencia a críspame con frecuencia durante mis primeros años como lector de español en la universidad de aquí, pero por suerte cada vez mi organismo se aproxima más a la ataraxia de los monjes ortodoxos rusos y menos al livor irascible de los curas católicos de Varsovia. Por la pantalla en blanco y negro de mi televisor zangolotean los magistrales dibujos animados de Lenica y Borowczyk, aquellos que luego acabaron especializándose en filmes eróticos de gran calidad. Aún distingo el espejismo de mi cara en los cristales de la ventana, con la nieve de febrero al fondo, con mis ojos bizcos, y con mis canas, que ahora peino y me niego a teñir. También Coral se mesa los cabellos, porque está nerviosa, dándome la espalda. En el patio interior se oyen los gritos de las últimas *agnuskas* y *kobietas* azotando las alfombras en los alféizares, blasfemando en polaco y exclamando *curva*, que significa *puta*, y *gufno*, que significa *mierda*, al ver que torna a nevar con copos tiernos, idénticos, parsimoniosos, y tienen que abandonar la tarea.

—Oye, lo siento... —murmura Coral, y ahora se ha girado hacia mí para pedirme perdón. Sus ojos muestran un arrebol púrpura y a duras penas contienen el cauce de las lágrimas.

—Es preciso aguardar, al menos, unas horas —le aconsejo con tono grave pero paternal—. Eres demasiado joven, demasiado impulsiva. No es descartable que entonces tus apreciaciones hayan devenido en otras, más cautas y sensatas.

—¿Y tú? —pregunta ella— ¿No podrías tú cambiar de opinión?

—Acusas la falta de experiencia —digo—. Tal vez no sea imprescindible que yo te acompañe.

—¡Y un cuerno! —me grita— ¡Lo que pasa es que te da miedo, jolines!

Ay, yo ya no estoy para estos trotes. Se me ocurre, el método para impedir más efusiones es trasladarnos a una cafetería, voy a proponérselo con la bufanda en la mano aunque se queje de la nieve, y por supuesto al salir de mi pequeño apartamento anejo a la universidad ella volverá a quejarse del mal gusto del escudo y de la gran fotografía que cubren la pared junto a la puerta.

—Qué ordinariéz —exclama Coral, subiendo la cremallera de su anorak, y extrayendo el paraguas—. Cuelga mejor el escudo de tu apellido. Y si no tienes, yo puedo prestarte uno del mío.

Ya ha criticado el escudo. Ahora le toca criticar la fotografía.

—Y los moros y los gitanos de allí —dice, apuntando a la foto con el dedo— ¿qué opinan?

—Quien no existe estadísticamente —respondo yo—, es difícil que pueda tener opinión.

Antes de cerrar la puerta, vuelvo a mirar la pared. Bajo el emblema triangular del Real Betis Balompié cuelga una gran foto panorámica del Puerto de Algeciras, donde deambulan abundantes cabecitas morenas cercadas por colosales grúas locomovibles, con la silueta del Peñón de Gibraltar como un tótem sagrado al fondo del decorado de hierros y cementos. Pero no se ve ni un solo árbol. Nos hacen falta más árboles, más delicadeza. La poesía de nuestro país puede haber vivido momentos sublimes, pero siempre ha carecido de genuina ternura. No tenemos ni un Reymont, ni un Sienkiewicz, ni un Milosz. Hoy, prácticamente ya no conozco a nadie allí, en Algeciras. Pues yo no conozco a nadie aquí, se quejaba siempre Coral. Por eso, al descender las escaleras protosocialistas del mastodonte habitable, ya intuyendo la proximidad de una derrota para mi aparente madurez, he recordado mi asombro de una hora antes...

—¡Ha venido! —había exclamado Coral, con una sonrisa enorme, nada más entrar en mi piso— ¡Está aquí, está aquí, en Varsovia!

—Tranquila, chiquilla —repetía yo, inútilmente. Estaba afeitándome y la muchacha me zarandeaba el brazo, con el correspondiente peligro que ello conlleva. Con la excitación y los gritos, el Tozmi se me había colado entre las piernas y casi me rompo la crisma contra el lavabo.

—¡Está aquí, está aquí! —repetía como loca.

—Apesta a vodka, niña —le recriminé—. Espera a que me duche.

—¿Te ayudo a ducharte? —me preguntó sonriendo.

—Pues claro que no. Sal del baño.

Me quedé solo, y, al desnudarme, observé mi cuerpo en el espejo. Yo también tuve veintiséis años, como Coral, dije para mis adentros. De la alcachofa de la ducha se destilaba un delgado hilo líquido, ya estamos otra vez. Siempre hay problemas con el agua caliente, carajo de país, exclamé *curva* y *gufno* varias veces. Al salir olía a salchichas ahumadas y sonaba una cassette de Mecano.

—Por el Rey de España y por la Pomerania de Danzig —clamaba Coral entre las salchichas, la mantequilla y la botella con vodka de hierbas de toro—, desayuno polaco. Bebe, que es sangre de Dios y de Chopin y de Jaruzelski. ¡*Nazdrovia!*

—Debes controlarte —le aconsejé—. Estás demasiado contenta.

—Ya te lo he dicho —exclamó. Coral tragaba con dificultad. Jadeaba como mi perro el Tozmi, por el fuego del licor—. Está aquí, está aquí. ¡Ha venido! Toma un *kieliszek*.

—No —repliqué, chasqueando la lengua—. Los viejos bebemos más tarde.

—Jopé —exclamó Coral—, pero si todavía... ¿Cuántos tienes, exactamente? ¿Cincuenta y siete?

—Cincuenta y seis, muchas gracias.

—Disculpe Su Majestad...

—Bueno, ¿quién dñantres es el que ha venido?

—Gaspar —confesó Coral, mirando al suelo, y se ensombreció. El Tozmi ladraba.

Sí, ya sé quién es Gaspar. Me lo ha enseñado en innumerables fotografías. Gaspar en la playa, Gaspar en Berlín, Gaspar tocando la guitarra, Gaspar abrazándola en el Parque del Retiro, Gaspar en albornoz, Gaspar ante el ordenador, Gaspar el mejor periodista joven de *El País*. Igual que un Tintín o un Capitán Trueno o las aventuras de Astérix: tiene la colección completa, la muy jodida. Debe de ser un tipo decidido, este Gaspar. Hace siete años la dejó embarazada, nada más abortar se despidió de ella y viajó a cubrir reportajes primero en Haití, luego en Tailandia. Nunca volvieron a verse. Aún hoy día Coral lleva su foto carnet en el bolso, muy bien escondida. A él se le escapan resolución, aplomo y autoestima por las orejas, es alto, moreno y guapo. Coral es rubia de bote y bajita. No tiene pechos. Le sale demasiado vello en las patillas, en el bigote y en los brazos. Para una pija de éstas, debe de ser peor que la muerte. No es muy atractiva. Pobrecilla.

—Es un rollo de las relaciones de la OTAN con el antiguo Pacto de Varsovia —explica Coral—, ha venido a cubrirlo para el periódico.

—Y ¿te ha llamado Gaspar para avisarte? Qué raro —dije, y me serví café, de ése que me envían desde España—. Me pregunto cómo te habrá localizado.

Coral desvió la mirada al *kiesliszek* de vodka, algo avergonzada. Tenía al Tozmi en el regazo, sacando la lengua.

—Yo... —balbuceó— Me he enterado por una amiga de Madrid...

—Así que le tienes controlado a distancia —dije—. Y sin que él lo sepa, intuyo. La juventud es el conopeo de la estupidez. Oye, no bebas más vodka.

Le arrebaté la botella, forcejamos hasta que empezó a sollozar. Coral es muy joven y actúa con cierta inconsciencia. Si no le hubiese arrancado el vodka luego me habría reprochado que yo la había dejado beber en exceso. Ahora que caigo, no creo que Coral sepa lo que es un conopeo. Aún me quedan palabrejas de cuando era monaguillo en la iglesia de la Palma y me paseaba por la Plaza Alta como un pequeño monarca. Pero eso fue antes del escándalo provinciano que me obligó a abandonar mi pueblo en 1953. Ay, a Piotr le encantaba oírme hablar de estos recuerdos entre caricias... Pero eso era hasta ayer, cuando él me abandonó a mí como una colilla. ¿Tendré todavía alguna oportunidad con él?

—Coral —le dije—, prueba un poco de café, es español.

Y añadí, como quien azota a una hija en el trasero:

—Seguro que a ese Gaspar no le gustan las borrachas.

Coral me miró a los ojos con amargura.

—No —repuso—. Es de muy buena familia.

La expresión me provocó, después de tantos años fuera del país, más perplejidad que risa.

—Además —añadió— la novia que tiene ahora se llama Gladysín, y no bebe nunca porque hace aerobio. Es muy alta. Y tiene unas tetas así...

—Espero que no hayas contratado a un detective —dije, y las *kobietas* empezaron a armar su gran estrépito de sacudidoras y esteras en el patio interior. Deseé que sonara el teléfono, que alguien llamara al timbre, que se rompiera un cristal: algo que me librara, aunque fuese momentáneamente, de Coral. Me di un poco de asco a mí mismo, por pensar eso.

—Sería muy caro contratar a un detective durante... siete años y cuatro meses... —balbuceó— Pero yo he venido para pedirte un favor, Francisco —dijo, y su rostro sorbió la negrura del café para volverse serio y ceremonioso—. Es... es vital para mí. Tú eres mi amigo, ¿verdad?

Asentí con la cabeza y me temí lo peor.

—He llamado a Gaspar a su hotel —continuó Coral—. Decía que aún estaba dormido, pero yo sé que estaba completamente desconcertado. Yo soy más lista de lo que parezco... Al final dijo que nunca había estado antes en Polonia y me preguntó si yo conocía algún restaurante decente. El muy idiota, parece creer que aún hay toque de queda. Hemos quedado para cenar en el barrio de los reyes.

—Será muy beneficioso para ti, sin duda —aduje, en mi tono más sabio y paternal. Me sentía como arrojando a un niño en su cama—. Te darás cuenta de que es un hombre normal y corriente y

dejarás de idealizarle.

—Hay un problema.

—Vaya por Dios.

—El problema —dijo Coral— es que... Ha venido con "su" Gladysín a Varsovia, y desde luego va a traerla a cenar. Y yo... quería pedirte...

—Taxativamente no —afirmé—. Ahora, hija mía, tengo una clase que preparar. Ya te has acabado el café, ¿no?

—Escúchame un momento, te lo suplico —dijo Coral—. *Please*. Sólo necesito que me acompañes esta noche. No he visto a Gaspar en todos estos años, ya lo sabes. Me siento... me siento tan, tan pequeñita cuando pienso en él... y encima si viene con esa Barbie, yo... yo quedaría fatal si voy sin novio... pero claro, yo no tengo novio...

El Tozmi empezó a agitar el rabo, con tanto afán, que derramó una taza en la moqueta.

—Tienes que aprender a controlarte, mujer —le dije—. ¡Tozmi, perro del demonio, me estás friendo la sangre! Pásame la bayeta, anda, y una pizca de sal. Sabes que detesto darte consejos, Coral, pero deberías volver a tu casa ahora. Me traes por la calle de la amargura, Tozmi, hijo mío.

—¡Sí, detestas darme consejos, y me das mil al día!

—Porque te hacen mucha falta, y porque tú me los pides.

—No sólo sería para mí un apoyo inmenso poder ir con un hombre a la cena, sino que además ir contigo... con un hombre maduro, un hombre curtido, no como él... sería un triunfo, ¿no lo comprendes?

Coral no era tonta del todo. Siguió adulándome durante un cuarto de hora, sin que yo hiciera nada por interrumpirla. Al final acabé por sentirme incluso más joven, y me eché un *kieliszek* de vodka al colete. Encendí un cigarrillo.

—Pero sería un triunfo ficticio, Coral. Después tendrías remordimientos por haber mentado, sabiendo que lo de él es verdad y lo tuyo no. Tal vez no podrías resistir y le llamarías días después a Madrid para confesar la comedia. Eso sería lamentable.

—¡Y una eme, le voy a contar! No quiero más que sentirme superior a él por una noche. ¡Sólo una noche, no pido más! Es el favor más importante de mi vida el que te estoy pidiendo.

—No va a colar, Coral —aseguré—. No se lo va a tragar.

—Ya veremos.

Y he mirado a Coral con un viso de pena y he apagado mi cigarrillo polaco junto a la ventana. Mi perro, el Tozmi, ha ladrado bajito porque desea jugar. Es un chucho castrado de color marrón, pequeño como un conejo...

Fíjate tú qué cosas, nuestro gachó en Varsovia había sido monaguillo aquí mismo, en la iglesia de la Palma, y tuvo que irse porque era de la cáscara amarga y encima bardaja, lo tenían amargadito perdido; te leo lo que pone aquí, dice *El cadáver de la mujer no podrá ser repatriado hasta el próximo jueves porque los representantes de la embajada española no han conseguido contactar con la empresa funeraria local. "Hoy (por ayer) ha sido fiesta en Polonia y no hemos podido hablar con ninguna autoridad para acelerar los trámites de la repatriación," afirmó un portavoz de la embajada que eludió ser identificado. Desde que se produjo el fallecimiento, el cuerpo del varón de ciudadanía española y origen malagueño o quizá gaditano, tiene guasa este hombre, permanece en el depósito de cadáveres de una localidad próxima al lugar del accidente. A diferencia de la mujer, nadie ha reclamado sus restos.*

En la noche de Varsovia abundan los locales semiclandestinos, discotecas ilegales sin luces de neón bajo compuertas negras de garaje, y mercados espontáneos que desaparecen tan rápido como se forman, surtidos con puestos anémicos de imitaciones. Imitaciones de perritos calientes, de música occidental, de pornografía. Si traduces mentalmente los precios de zlotis a pesetas te da casi vergüenza pagar tales miserias. Pero eso es al principio. Después de unos pocos años acabas creyéndote de verdad el amo, como un yanqui en la Fuengirola de 1953. Solidarnosc, la remolacha azucarera, las fábricas de cojinetes y rodamientos industriales, el Papa Wojtyla y el Gran Ducado de la Horda de Oro y Vladimiro el sanguinario. Al final, por detrás de las fachadas en ruinas, los gritos salvajes de sus trifulcas y los rostros como llanuras de nieve ingenua, amarás sus benditas almas de perdedores históricos, de falsos melancólicos, de adúlteros ardientes, de cosacos borrachos perdidos en medio de la ventisca gélida y la tundra.

Camino junto a Coral por la calle Dworcowa, corazón de una Stare Miasto plena de colorido y ruidos, aún con este clima de hibernación, en dirección al restaurante. Detrás de la Adama Mickiewiczza, en la Plaza del Rey, todavía se aguanta el colosal abeto que la municipalidad levantara por Navidad. Las casitas de dos plantas, formando corro, cada una de un color, le otorgan a la amplia Plaza del Dworcowy una decoración infantil, gozosa, quimérica, de cuento para niños.

—Ustedes vienen del funeral del pobre Spalinski, me imagino —aventura el camarero en polaco, a tenor de las cuatro caras largas que los cuatro españoles tenemos al ocupar nuestra mesa compartida—. Era un buen hombre, no faltaba nunca a pescar en el lago. Y tenía barba desde los siete años. En fin.

El camarero suspira, para agregar a continuación: todas las remolachas han crecido en la mierda, que es algo así como nuestro español "no somos nada." De repente, no puedo creerlo, por más que parpadeo sigo viendo a Piotr, con su barba impecable y con un nuevo amigo, sentados en una mesa cercana. Me mira, sonrío al ver que Coral me toma del brazo. Y me niega el saludo. Hijo

de puta.

—Así que usted también es profesor —comenta Gaspar, vertiéndose una copa de Beaujolais ante la envidia indisimulada de otros clientes. Francamente, le veo muchísimo más guapo que en las fotos. Coral parece abatida.

—Oiga, Francisco —insiste Gaspar—, ¿es verdad que todos los profesores son unos amargados?

—Gaspar, por favor —reconviene su novia, Gladysín, chica desplegable de cualquier revista de moda, amueblada para la ocasión.

—No te falta razón —admito—. Pero en este país aún conservan cierta aceptación social. Creo que en España eso ya se ha perdido.

—Aquí en el Tercer Mundo —expone Gaspar— se conservan muchas cosas. Tártaros, la Galitzia, Walesa, el esfínter libre de Danzig, cuajadas agrias y calzoncillos bombachos...

—Bueno —digo yo—, su literatura no es tan deleznable.

—No me haga reír, yayo —ruega Gaspar—. Rudnicki era un lameculos kafkiano del agujero quinquenal, y Milosz atrincó el Nóbel y se largó a Nueva York. Y todavía no ha vuelto. Kruczkowsky, el hijo del zapatero, no era del todo mediocre. Una pena que el pobre se zambullera en las piscinas de la Segunda Internacional. Al menos ahora estaría cosiendo medias suelas a las zapatillas de las bailarinas del Madison Square Garden y su padre estaría orgulloso de él.

—Tal vez —afirmo—. Pero entonces no habría sido un adalid de la democracia ni un héroe nacional.

—¡Cielos! —grita Gaspar.

Hace decenios que yo no oía esta exclamación, probablemente en una comedia de Pemán retransmitida por el Teatro Oral de Radio Exterior de España. Con una chaqueta de *tweed* comprada en Londres, corte de pelo Iranzo y mocasines italianos, Gaspar me fascina. Te estrecha la mano como a un compatriota co-responsable de haber ganado la batalla de Lepanto, y diríase que dispone de un algodón mágico que abrillanta sus ojos, su dentadura, sus palabras, sus aspavientos histriónicos, y que le aporta un rostro admirable y sanguíneo de entusiasmo contagioso. Tennis, rayos uva, neocapitalismo, verborrea altanera y yo que entre frase y frase echo miradas hacia Piotr, ahora que me fijo lleva puesta la chaqueta que yo le regalé hace un mes, me dan ganas de ir hacia allí y rompérsela en pedazos. Pero sigue ignorándome, y se ríe a carcajadas con su nuevo amigo.

—Coralita —dice Gaspar—, tienes por novio a un buen hombre solidario. Felicidades. A lo mejor, incluso nos ha salido usted utópico. Diga, ¿cuál es su equipo de fútbol?

Saboreando cada palabra y con el pecho henchido de orgullo, respondo:

—El Real Betis Balompié.

—¡Justo lo que yo decía! —exclama Gaspar— ¡Un soñador! Debe volverse menos onírico, yayo, de lo contrario no durará mucho con nuestra pequeña Coral y el Ayuntamiento le recalificará como propiedad en ruinas.

—No le haga usted caso —tercia "bisuterías Gladysín."

—Andalucía y yo somos así, señora —contesto. Miro de reojo a Piotr. Advierto que Coral está vaciando su décima copa de vino—. Yo soy progresista pero acepto la herencia inquietante de lo desconocido. Al fin y al cabo, todo el mundo manifestado se produce dentro del Tiempo. Fuera de él sólo quedan las aguas primordiales.

—Fuera del Tiempo... —repite Coral, ensimismada— Haces que me dé vueltas la cabeza.

—Yo sé bien por qué te da vueltas la cabeza, guapa —dice Gladysín.

—¿Por qué vino usted a Polonia, Francisco? —sonríe Gaspar— ¿Huía de algo?

Me da vueltas la cabeza, y me da vueltas el corazón. A pocos metros, Piotr se empeña en ignorarme. Me entran unas incontenibles ganas de llorar. Por mí, por Coral, por lo inevitable... Pero luego todo ocurre muy deprisa. Coral quiere besarme en la boca delante de Gaspar, cree que así se sentirá mejor y más segura, pero no es verdad, y yo no quiero besarla pero también estoy ebrio y me dejo. Mientras nos besamos abro los ojos y veo a Piotr, que ahora venía hacia nosotros, quizá para decirme algo, pero se frena al verme soldado a Coral. Piotr sonríe con menosprecio gélido, se da media vuelta y abandona el restaurante del brazo de su nuevo amigo. Entonces me despego de la muchacha, empujándola lejos de mí, haciéndola casi caer de su silla. Pero ya es demasiado tarde.

—Déjame en paz —le escupo con rencor.

Diez segundos de silencio caen sobre la mesa. Gaspar y Gladysín nos miran.

—Lo siento —dice Coral, sollozando. Con los ojos bañados en lágrimas, se vuelve hacia su gran amor para escenificar la destrucción total. El destino de los muros en ruinas es venirse abajo, es la demolición, la disolución en el caos, el fin.

—En realidad... —balbucea Coral, mientras yo busco a Piotr por la ventana— En realidad, aquí Francisco no es mi novio. Lo he traído porque...

—No nos interesa —guillotina Gaspar.

Cae otra lluvia de silencio sobre nosotros. Coral solloza, hipa y moquea como un bebé. Pero es mi turno para la destrucción. Yo ya lo he perdido todo.

—No, si la culpa es mía —escupo— por juntarme con niñatos pijos.

Alarma en los ojos sobremaquillados de Gladysín. Confusión en los de Coral. La seriedad vuelve aún más bello el rostro de Gaspar, el escita.

—Me resulta usted de lo más previsible, abuelo —dice él—. Ya me imagino a priori todos sus prejuicios sobre las clases dirigentes, sus movimientos reflejos oxidados contra el mercado libre,

su opinión de Lola Flores y hasta a qué partido vota mediante la embajada del Reino, porque usted seguro que vota. ¿Le extraña que lo intuya?

—¿Tú qué preferirías, niño? ¿Que me extrañara o que no me extrañara?

—Da igual —afirma Gaspar—, los dialécticos son como Joe Mantegna en *House of Games*, emocionando a la gente con trucos de fiesta infantil de cumpleaños. Usted es de los que aplicaba para unas cosas el materialismo histórico y para otras el materialismo dialéctico y de ahí debe de haberse quedado bizco. Usted es de los que iban por la vida pidiendo perdón por saber leer y escribir y haberse educado en los Salesianos...

—Gaspar... —dice Coral.

—De los que llamaba camaradas a las putas que enculaba en los burdeles, de los que levantaron cerca de aquí el muro de Berlín...

—¡Gaspar, por favor! —grita Coral— Francisco no es Stalin.

Tan espeso y oscuro fue el volumen de desprecio escupido por Gaspar al mirarla, que llegué a sentir una angustia fría como un hachazo de hielo en las entrañas, como si el corazón de Coral hubiese entrado en el mío. Como si su corazón fuese el mío.

—Esto es una bazofia incomedible —brama Gaspar, con grandes gesticulaciones—. A menudo sitio me habéis traído. Supongo que aquí una fondí es considerada un aparato de brujería y si pido una Vichyosie me traerán pasta de dientes. En fin, usted no quiere comprender que el pueblo existe para ser sodomizado eternamente. Y que además le gusta. Los que se oponen a ello son los que gastan la vida en discusiones sobre la propiedad y mientras la tierra se queda sin sembrar.

—Hablando de sembrar —digo—, hablando de sembrar y observando tu mímica, o sea, lo que dices y cómo lo dices, me reafirmo en una teoría que aprendí del amigo Kierkegaard. El bueno de Soren decía que la Naturaleza aún reconoce la dignidad del género humano, porque cuando alguien desea alejar a los cuervos de un sembrado, fija allí un armatoste que recuerda a un periodista, y la vaga semejanza que de un ser humano conserva ese espantapájaros es suficiente para inspirar respeto a las aves...

La familia de la fallecida, víctima mortal del accidente que se produjo el sábado en Varsovia, expresó ayer su malestar con el Ministerio de Asuntos Exteriores y con la embajada española en Polonia, por la información oficial del suceso. Un hermano de la fallecida afirmó ayer que ningún representante de la administración tenía derecho a hacer comentarios. La versión ofrecida por Exteriores difiere de la denuncia efectuada por la familia. Su cadáver llegará mañana al aeropuerto de El Prat de Barcelona.

Vienen del frío armazón metálico entretejido por las escaleras del bloque de apartamentos, y lo primero que ve Francisco al abrir es su escudo del Betis, un abrazo de bienvenida hoy inútil tocado

por la corona real y bañado en las olas blancas y verdes de su pasado, un pasado como una marea de melocotones que se acerca y se va de su memoria. Deja a Coral sentada borracha en el suelo de la salita, llorando, y, mientras orina en el baño, musita por lo bajo:

—Viva el Betis, joé.

Todavía en el suelo, Coral bebe medio *kopiszek* más de vodka, y se echa a toser entre lágrimas, vómitos y alcohol. Francisco le palmea la espalda.

—Te gustaba Gaspar, ¿verdad? —pregunta Coral; Francisco asiente con la cabeza— Pues a él le das asco. A él los maricones le dais asco.

—La vida es una comedia, hija.

El hombre maduro levanta el *kopiszek* de vodka que Coral ha vuelto a llenar. Pero no bebe. Abre un cajón, extrae el paquete de *Fostún* blanco y vierte un buen puñado dentro. Lo mantiene en alto, como si fuera un cáliz en la misa de sus tiempos de monaguillo, contempla en el espejo sus canas y sus arrugas, y con el brazo derecho abraza a Coral. Seguro, curtido y confiado, como ella le quería, Francisco engulle medio vaso ante la muchacha, ante el espejo cabrón, ante la ventana graneada de nieve y escarcha. Entonces Coral bebe lo que queda en el vaso y reposa lentamente su cabeza en el pecho de Francisco.

—Este vodka sabe a matacucarachas, qué porquería.

—Estoy temblando. Cómo me duele aquí dentro, Francisco. Y tengo frío. Francisco, tengo mucho frío, muchísimo frío. Abrázame más fuerte, por favor.

El cadáver de la joven española, según las previsiones de las autoridades de la Oficina de Información Diplomática llegará hoy al aeropuerto del Prat una vez solventados los trámites burocráticos ante las autoridades polacas. El caso constituye una trágica pieza más en lo que está siendo un verdadero "año negro" para los turistas españoles en el extranjero.

No lo publicará ningún periódico, pero, tendidos y abrazados en el suelo, con las caras lamidas por la lengua áspera y roja del Tozmi, los dos comparten un último pensamiento: el deseo de querer ver un lago, junto a una ladera repleta de flores amarillas, con unas pocas casas lejanas sobre las que da de lleno el sol. Y un perro sano, un vino fresco, un gran beso de cariño y de sinceridad, y el trigo rubio, muy rubio, meciéndose al compás de la brisa que sin duda debe de reinar allá en el campo.

I just run out of memory

No vais a creerme cuando lo cuente, pero a mis ochenta y nueve años ya da igual si me tomáis por loco. Cuando veo las hojas caer de los árboles en otoño temo que sea la última vez que lo presencio; en la carnicería los demás compradores sonrían con sarcasmo porque me sospechan sin dientes, y el mozo que atiende la farmacia me trata con desfachatez (¿Sulfato de cobre, abuelo? ¿No quiere un bote de Viagra?) Sin embargo debo contároslo: es lo más portentoso que he visto en mi vida. Una vida que se acaba, porque me duelen los huesos y la conciencia, y tengo un bultito aquí en la rodilla que no me gusta nada... En fin, centrémonos. Todo ocurrió cuando el Partido Socialista sacó a la palestra un nuevo líder con los ojos de colores. Me encontraba en mi domicilio madrileño de la calle Arganzuela, comiendo pistachos mientras veía el debate sobre el estado de la nación, que era la puesta de largo de aquel nuevo adalid. Me sobresaltaron entonces ruidosos trastazos provenientes del piso de arriba, y fruncí el ceño. Aquello me desazonó. Bajé el volumen del televisor justo cuando el presidente replicaba al líder de la oposición. Era pensionista y los dientes me fallaban, pero el oído, hijos míos, me funcionaba a las mil maravillas, y lo agucé.

¡Esto no va aquí! Gritaban. ¡Llévadlo al dormitorio!

Suspiré. Las figuras mudas del presidente conservador y el nuevo líder socialista zangoloteaban ante mis ojos, pero ya no les hacía ningún caso: ahora lo individual primaba sobre lo social. No había duda, alguien se estaba mudando al piso de arriba. Maldije mi suerte. ¡Un nuevo inquilino no, por favor! La bonanza había durado cinco felices años, mientras un oftalmólogo retirado ocupaba el segundo derecha, y el cuarto derecha permanecía vacío porque los hijos del malogrado Achútegui pleiteaban por los despojos de la herencia. También es mala suerte, me dije, que se hayan puesto de acuerdo en sólo cinco años; seguro que éste tiene la culpa de todo, murmuré cuando vi al presidente del gobierno gesticular torpemente en la pantalla. Creedme, no quiero hablar sobre mi propia persona, pero es preciso. Os desvelaré el primer secreto: soy alquimista. Mi padre había regentado una farmacia en Villanueva de los Infantes, provincia de Ciudad Real, pero como el negocio iba a heredarlo mi hermano un día mi progenitor me condujo por unas escaleras secretas hasta un sótano secreto repleto de alquitaras y probetas secretas.

Hijo mío, dijo, secretamente, mi padre; como eres un enclenque, tienes cara de solterón desde que naciste, y no vas a heredar la farmacia, te desvelaré un secreto familiar. Voy a enseñarte

los misterios de la alquimia.

¿Y podré convertir cualquier objeto en oro mediante la piedra filosofal? le pregunté.

No, contestó él, resignado. Tengo un primo segundo en el Ayuntamiento de Madrid que me ha prometido recomendarte en la Concejalía de Abastos cuando cumplas dieciséis. Tendrás que mudarte a la capital, cosa que acrecentará tu ya huraño carácter. Pero es una bicoca de empleo, y es para toda la vida.

Entonces, dije yo, ¿con qué fin me enseñarás los misterios de la alquimia?

Con el fin, Isaac, de que no te gastes el sueldo a los naipes como hizo tu abuelo, respondió indignado. Tu etmoides te protegerá de las mujeres malas, el sombrero protegerá tu prematura calvicie y la alquimia te protegerá de las siete y media.

¡Ese rodapiés! ¡Que os cargáis el armario!

Los suelos crujían, los muebles se arrastraban, las paredes retumbaban. Con lo tranquilo que había vivido yo. Y en pleno centro. Aquella noche no concilié el sueño hasta el alba, y horribles pesadillas me asaltaron para torturarme: imaginaba tropes de estudiantes juerguistas con discos de *punk-pop* y *trash-metal*; altercados de parejas jóvenes; colillas de porros en el patio interior; jadeos genitales y traqueteo inagotable de colchones... Me temía lo peor...

Pero no pasó nada. Al día siguiente sólo se oían los trinos del jilguero en el segundo derecha y el tenue borboteo de mis alquitaras en la antecocina. Transcurrió un día. Transcurrió otro. Así pasaron varias semanas. El silencio era mirífico. Llegué a olvidarme del vecino de arriba, al que ni siquiera había visto la cara. El nuevo líder del PSOE era bien valorado por las encuestas. En muchas tertulias se hablaba ya de la “lógica alternancia”, y yo sonreía rememorando la Restauración y a Cánovas del Castillo... Hasta que llegamos al cuarto mes, y sobrevino el desastre...

Habían transcurrido cuatro meses y dos días cuando un portazo me despertó a las tres de la mañana. Tuve un mal presentimiento. Me senté en el borde de la cama, me coloqué mi gorro con borla y la dentadura postiza, y esperé. Un minuto más tarde, el detestable guirigay de un reproductor de música lo invadió todo. Era mi vecino de arriba, por supuesto. ¿Se habría cansado de la buena educación? Los decibelios de una cantante, Luz Casal, se filtraban por todas las rendijas de mi vivienda. Un alarido desgarrador repetía incesante: piensa en mí, piensa en mí, piensa en mí. Las preguntas se agolpaban en mi cerebro: ¿se habría vuelto loco? ¿Estaría ajumado? Y aquello fue sólo el principio. La condenada canción resonaba a todas horas: piensa en mí piensa en mí cuando sufras, y algún vecino se quejaba, otros llamaron en vano a los municipales, tu párvula boca que siendo tan niña me enseñó a pecar, y hasta decían que el jilguero se había muerto, no sé si de pena o de envidia, para nada para nada para nada me sirve sin ti... y vuelta a empezar. Adquirí tapones de cera para los oídos, pero todo era inútil. No podía concentrarme en mis investigaciones ni realizar

experimentos delicados. Ni mucho menos dormir en paz.

Al cuarto día me armé de valor y subí las escaleras. Ante la puerta se amontonaban varias bolsas de basura, sobre las que pululaban las moscas. Llamé al timbre. La música estaba tan alta que pulsé el botón varias veces, hasta que una voz ronca gritó en el interior: Ya voy, ya voy.

Asomó un rostro decepcionado: parece que esperaba a otra persona, y no ocultó su desilusión al ver a un jubilado en bata y zapatillas. Mi vecino debía de rondar la treintena, era bastante delgado, moreno y de ojos oscuros. La desdicha se pintaba en sus ojos enrojecidos, que parecían haber llorado, y la barba de cuatro días le otorgaba un indudable aspecto carcelario.

Ah... fue lo único que dijo al verme.

Hijo, soy tu vecino de abajo, le expliqué.

Ah... repitió, aterrorizado.

Aquí vivimos personas mayores, sabes, y con tu música nos has robado la tranquilidad.

Ah... dijo, con verdadero pánico, y volvió a quedarse callado.

Entonces lo comprendí todo. Comprendí que aquél era un buen hombre, pacífico y de natural silencioso. Pero también comprendí que mientras perdurara la tragedia que estaba sufriendo, yo no regresaría a mi anhelada paz. Si no era la música, sería cambiar los muebles de sitio, serían reuniones alcohólicas, serían suspiros y lágrimas. Y un hombre adulto llorando en el silencio de la noche podía ser aun peor que un disco compacto.

Lo siento... Murmuraba con voz temblorosa, casi sollozando. Lo siento muchísimo, de verdad... no me había dado cuenta...

¿Cómo te llamas, hijo?

Ismael, repuso. Y, tras una pausa, añadió para mi terror: Aunque a *ella* le gustaba llamarme "Is"...

Que el demonio se te lleve, simplísimo mentecato, pensé. Así que aquel desgraciado sufría pena de amores. ¡Era la peor de las noticias! Un vecino joven y sensible abandonado por su gran amor invertiría meses en el caos, sería imprevisible, viviría entre altibajos, lágrimas y melancolías, y a lo peor hasta acababa suicidándose en nuestro patio de luces. Francamente era preferible tener un vecino narcotraficante.

¿Cómo te ganas la vida, hijo?

Soy traductor, traductor de literatura, confesó, casi avergonzado. Aunque hace ya muchos días que no trabajo... no puedo trabajar... no puedo hacer nada...

Y su cara se ensombreció. Ahora comprendía el silencio de sus tareas, las bolsas de reciclaje de papel usado... y la irresponsable sentimentalidad de aquel pobre insensato. Ya lo decía mi padre en Ciudad Real: quien trabaja con la literatura es un necio, sufre como un borrico y muere como una

cucaracha. Aunque quizá no lo dijera con estas palabras...

Ismael, ¿vas a tenerme aquí en la puerta todo el día? Soy muy mayor ya para estar de pie. Además, es un delito que, siendo vecinos, aún no nos conociéramos, ¿no te parece?

Oh, desde luego... Lo que pasa es que... está todo muy desordenado, y... pero por Dios, pase usted. Abriré las ventanas.

Encontré lo que me esperaba y temía. Una presencia rancia y solitariamente masculina impregnaba el aire sofocante del apartamento. El suelo se hallaba alfombrado de hojas manuscritas. En la única mesa del recinto se amontonaban pliegos de papel aseteados a tachaduras, y botellas vacías de coñac. Los ceniceros rebosaban colillas. La cocina llevaba tiempo sin utilizarse. Las persianas estaban bajadas, y una lámpara se inclinaba hacia la mesa proyectando una angustiosa isla de luz sobre tristes cuartillas y muchas fotos, donde siempre aparecía la misma mujer morena de rasgos llamativos. Ismael tuvo la deferencia de subir una persiana y ventilar aquella pocilga. Seguro que llevaba una semana sin ducharse.

¿Era tu novia? pregunté, señalando una de aquellas instantáneas, en la que ella parecía sonreír más a un tercer hombre que a Ismael.

¿Cómo lo sabe? dijo, con cara de memo.

Porque soy adivino, y disfruto de facultades paranormales. (¿No te fastidia? añadí mentalmente, pero no lo dije, igual que silencé mi juicio sobre aquella señorita medio bizca)

¿De verdad? preguntó el infeliz en voz muy alta, acercándose peligrosamente a mí. ¿Lo dice usted en serio?

Qué mal olía aquel desgraciado. Me giré hacia la pared, para no sufrir aquel hedor, fingiendo curiosear los estantes llenos de diccionarios y ociosas novelitas. Contemplé el ordenador, la silla acolchada, el atril, el cactus, el *Diccionario Ideológico* de Casares, la impresora atascada.

Déjame adivinar. Te ha abandonado, y ahora le escribes cartas, pero a los pocos minutos te arrepientes y al final no le mandas ninguna.

Santo cielo. ¡Es usted un verdadero adivino del más allá! ¡Dios le ha puesto en mi camino! ¡Estoy salvado! ¡Aleluya!

Y se arrodilló ante mí, con la intención de besarme los pies.

¡Lo sabe todo! relinchaba el infeliz, al borde de la locura. ¡Dios le ha puesto en mi camino! Por favor, ayúdeme... imploraba, abrazado a mis piernas. Hace tres meses que la conocí... Pienso en ella noche y día, a todas horas... No me responde al teléfono, me ignora, me desprecia... No puedo pensar en otra cosa, no puedo trabajar, ni siquiera soy capaz de salir a la calle... todo me recuerda a ella... lo único que hago es beber, fumar y llorar, y escuchar todo el tiempo su canción favorita...

Y aquel hombre, con su cultura y con su barba negra, rompió a llorar como un recién nacido.

Ay... balbuceaba entre hipidos, suspiros y lágrimas. Yo sólo quiero morirme... yo no puedo vivir sin ella... Ah, si alguien pudiera ayudarme a olvidarla...

Eureka. La luz se hizo en mi cerebro: aún quedaba esperanza. Si no ayudaba a aquel ser, frágil como una muñeca de trapo, no tendríamos paz en la casa durante mucho tiempo. Además la posibilidad del suicidio, que ahora consideraba más real que nunca, me espeluznaba. Todo se llenaría de sangre, de curiosos, ¡de policías municipales! Podrían incluso descubrir mi laboratorio secreto... En fin, supongo que esto es lo que el vulgo denomina “hacer de la necesidad virtud”. Suspiré.

Ismael, hijo, dije posando mi mano en su hombro. Voy a ayudarte, aunque me pese.

¿Va a conseguir que Eva vuelva conmigo? preguntó, esperanzado.

Ni loco, exclamé entre risas. ¿No ves que volvería a abandonarte?

Entonces... murmuró, con labios temblorosos. ¿Qué va usted a hacer conmigo?

Voy a hacerte olvidar tus últimos tres meses de vida.

Todavía hoy sonrío cuando recuerdo la cara de Ismael al ver mis redomas osmóticas y mis destilados químicos. Se le veía algo inquieto, pero en su desesperación debía de creer en mí como en un ángel enviado del cielo. Permaneció silencioso en un rincón de mi casa, mientras yo vertía el líquido de una alquitara en una copa labrada. Muy cerca, el televisor encendido volvía a ofrecer la imagen del líder socialista con los ojos de colores.

¿Qué te parece el nuevo rival del presidente del gobierno? le pregunté, fingiendo desentenderme de la ósmosis difusora de mis preparados.

Ese tío es un piernas, rumió Ismael.

Pero, ¿llegará a presidente?

No me extrañaría.

El potingue amnésico estaba listo. Llevé a mi joven vecino hasta el salón, le hice sentarse frente al televisor y deposité la copa en su mano.

¿Hiciste lo que te dije? pregunté. ¿Has quemado todas las fotos de Eva?

Sí, aunque no sé para qué.

El hombre es indagador por naturaleza. Cualquiera porfiaría hasta dar con ella. Tendrías curiosidad por averiguar quién es esa señorita que sale en veinte fotos besándote y cuyo nombre ni recuerdas.

Comprendo, afirmó resignado.

Vamos allá. Bebe.

Ismael olisqueó el preparado con desconfianza.

¿Y si me muero? preguntó.

Todos saldríamos ganando.

Pero ¿y si no funciona?

Sonreí de oreja a oreja.

¿Tú crees que te iba a dejar ver mi laboratorio secreto, si no estuviera seguro? Soy el mejor alquimista de Castilla la Nueva, merluzo. ¡Bebe!

Ismael respiró profundamente. Se santiguó y se echó el líquido al colete de un solo trago. Por supuesto yo sabía lo que iba a ocurrir. Cerró los ojos un instante. Después volvió a abrirlos. Miró con extrañeza la copa que tenía en la mano, miró la habitación, y me miró a mí.

Qué curioso, dijo. Me siento muy raro. No recuerdo... ¿Quién es usted?

Soy tu vecino de abajo, afirmé, satisfecho. Ya te lo dije, hijo. Este aguardiente de mi pueblo es dinamita. Los jóvenes de hoy estáis afeminados, sólo bebéis cervecitas con gaseosa y porquerías *light*.

Qué pasada, abuelo, dijo riendo. Es que ni me acuerdo de cómo he venido a tu casa.

Algo en su tono de voz me hizo entender que me había perdido el respeto. Pero no le concedí demasiada importancia.

Bueno Ismael, majete, le dije, señalándole la pantalla del televisor. ¿Así que el político de los ojos de colores te parece un piernas?

Ismael achicó los ojos, escrutando la imagen.

Pero, dijo, ¿quién es ese tipo?

La vida volvió a la normalidad. O al menos eso parecía. De nuevo volvieron a oírse trinos ornitológicos en el segundo derecha, esta vez de un canario. Del techo de mi casa no me llegaba más que silencio, acaso interrumpido por las blasfemias de Ismael cuando volvía a atascarse la impresora de su ordenador. Volví a retomar mis investigaciones y a asomarme al insondable pozo de sabiduría de mis mayores, y a mis experimentos ocultos con el praseodimio, un elemento químico de número atómico cincuenta y nueve. El praseodimio es un lantánido. El praseodimio... Pero me parece que es como si hablara con la pared. Mejor os cuento qué ocurrió cuando Ismael olvidó sus últimos tres meses de vida, y sin que yo sospechara nada. Primero regresó a su casa y la limpió. Luego telefoneó a su editor, un tal Constantino, sujeto de voz cavernosa pero talante bonachón. Talante que parecía haber extraviado.

¡Te voy a dismantelar la cabeza! gritaba.

¿Cómo? ¿Que dónde me he metido? ¿Que tenía que haber entregado la última novela hace tres meses?

¡Te adelanté la mitad del dinero! bramaba Constantino. ¡Sollastre! ¡Pinchaúvas!

Constantino, ¿no habrás bebido ese orujo que traes de Galicia? Me entregaste el original ayer.

Si vuelves a hacerme esto te degüello. Tuve que buscar otro traductor, así que ya estás devolviéndome el anticipo. ¡Hoy mismo!

Bueno, hombre... no te pongas así.

¡Te pasaré a cuchillo! amenazaba el editor. ¡Te daré al anatema!

Ismael colgó el teléfono. Se rascó la nuca.

Debo de haberme pillado una borrachera cósmica, murmuró. Tendré que andarme con ojo.

Cuando descubrió doce botellas de coñac vacías en la cocina, se horrorizó. Las bajó al contenedor de vidrio en bolsas de plástico y luego fue al banco para transferir el dinero. Efectivamente, Constantino le había ingresado doscientas mil pesetas tres meses antes. Encogiéndose de hombros, extrajo la cantidad de su propia cuenta y después la ingresó en la del editor. Al final, su saldo venía a quedar en... ¡setenta pesetas! Mientras, caía la noche. En casa el canario dejó de trinar y sólo se percibía el rumor de fondo del monstruo urbano: detonaciones lejanas, sirenas de ambulancias, alarmas de entidades bancarias, bocinas de automóviles y rugidos de motocicletas ilegales. La locura colectiva de un Madrid que yo había apartado voluntariamente de mí, en una especie de exilio interior. Lo que ignoraba era que, mientras me dormía, Ismael entraba en “La Prestancia”, su taberna de toda la vida. El local estaba medio lleno.

Hoy traes mejor cara, le dijo afablemente Aruba, el camarero. ¿Ya no piensas en Eva?

¿Quién es Eva? preguntó Ismael, con sincero asombro.

Bien, repuso Aruba, feliz. Así me gusta.

Aruba era egipcio pero llevaba media vida en Madrid. Tenía rizos y cara de no haber roto nunca un plato, pero no decía ni la mitad de lo que sabía. Conocía a Ismael desde la adolescencia.

No hay quien te entienda, suspiró Ismael, sin comprender. Oye, no tengo un duro.

Ya me extrañaba que vinieras a saludar a este pobre sarraceno.

Tengo que traducir un ladrillo holandés sobre la eutanasia, pero no voy a ver guita en dos semanas. Venga, tío, préstame cincuenta mil, sabes que te los devuelvo.

Y si no me los devuelves, te momifico, se reía Aruba, mientras abría la caja registradora y le pasaba cinco billetes de diez mil. Ya que te veo tan recuperado... tienes una presa al final de la barra. Junto a los catavinos.

¿La rubia? preguntó Ismael, contento. ¿Qué posibilidades tengo?

Setenta y cinco por ciento, aseguró el egipcio. Ha venido tres o cuatro veces por aquí. Le gustan los idiomas, estudia literatura en la universidad de su país. Y es de las que se dejan seducir

por charlatanes como tú.

Tú sí que eres un amigo, Faraón, susurró Ismael. *Shukran*.

Affan, capullo.

Preferiría no tener que dar muchos detalles, porque los jóvenes de hoy son todos una panda de sinvergüenzas. La chica estaba en sus redes media hora después, pero dijo tener hambre e Ismael se ofreció a llevarla a un restaurante que conocía. Y la fatalidad ocurrió (pero cómo iba a imaginarme lo que podía pasar). Estaban sentados a una mesa, haciendo manitas y memeces de ese jaez, cuando de pronto irrumpió Eva en el local. Al divisar a mi vecino, su boca produjo un mohín de intenso desdén y el bamboleo de sus caderas se acentuó. Venía vestida con amplio escote, delicado fular y lasciva minifalda. Sensual, altanera, inaccesible, martirizando el suelo con altos tacones, ondeaba su larga cabellera negra, meciendo su cuerpo como si fuera una ola en el mar, y fingía no oír lo que le decía su acompañante, un hombre ya perdido: tímido, con corbata y billetera. ¿Es necesario consignar que, al pasar junto a la mesa donde galanteaba Ismael, el balanceo de sus caderas se hizo mucho más pronunciado? El joven traductor, absorto en su nueva amiga, apenas miró a aquella “desconocida”. ¿Acaso es necesario añadir que aquella indiferencia hizo enfurecer a Eva? No dejó de observar, siquiera de reojo, a su ex-amante y su nueva rubia y su pretendido menosprecio. Ahora el hombre tímido con corbata le parecía un cretino. Ismael podía ser realmente divertido, y las carcajadas de la rubia se oían (o eso pensaba Eva) en todo el local.

¿Qué pasa, Eva? dijo el hombre con corbata. No me estás escuchando.

Vámonos de aquí, ordenó ella. No soporto a esa ordinaria. ¡Qué tipeja más vulgar!

Pero... ¿quién? se desesperaba el hombre.

¡La rubia de aquella mesa! ¡No me puedo creer que no te des cuenta! La oye todo el mundo. Parece una gallina clueca. Y mira cómo va vestida... ¡será puta!

El hombre miró la minifalda de Eva, se encogió de hombros y llamó al camarero para abonar el vermut. Pero aún no había visto nada: lo peor estaba por llegar. Al pasar de nuevo junto a la mesa de Ismael, Eva se detuvo un mero instante... que fue excesivo. Primero sólo murmuró “Adiós”. La parejita separó sus labios. Se miraban fijamente uno al otro. Entonces Eva vocalizó con sonora claridad: “Adiós, Ismael”. El traductor giró la cabeza, la miró apenas un segundo con sincera extrañeza, pensó que había oído mal (en el local había ruido de fondo) y volvió a murmurarle cositas a su rubia. ¡Ah, ignorante, loco! El volcán explotó con toda su violencia.

¡Serás canalla! gritó Eva, perdiendo la paciencia. ¡Eres un resentido, y un miserable! ¡Te he dicho “Adiós, Ismael”!

Mi vecino la miró desconcertado.

¡He dicho “Adiós”! continuó Eva, furiosa. ¡Y tú has hecho como que no me oías! ¡Y luego te

he dicho claramente “Adiós, Ismael”! ¿Qué pasa, que ahora no me vas a hablar? ¡Tan inmaduro como siempre! ¿No me piensas dirigir la palabra? ¡Rencoroso!

La chica rubia se esforzaba por sonreír, aunque no lo conseguía del todo. El hombre con corbata acumulaba abandono a su desolación, y no apartaba los ojos de la puerta de la calle. El asombro de Ismael dejó paso a una mueca divertida.

Creo que me confundes con otro, afirmó sonriendo. Me sorprende que sepas mi nombre, porque yo a ti no te conozco.

¿Que no me conoces? chillaba Eva, encolerizada, sin advertir que la miraban todos los clientes. Pero ¿quién te has creído que eres, hijo de puta?

¡Vaya genio, amigo! le dijo Ismael al hombre con corbata, que no sabía dónde meterse. Pero no te pongas así... A lo mejor nos conocimos hace tiempo y...

Mira, ¿sabes lo que te digo? gritó Eva, y se tapó el escote con el fular. Que si es así como tú lo quieres, pues a mí me parece muy bien, no seré yo quien monte escenitas, ¿te enteras? ¡A mí no me interesas nada de nada! ¡Pero que sepas que eres un mezquino, y un miserable, y... y un... y un rencoroso!

Girándose hacia la rubia, habló con voz pretendidamente neutral.

Ten mucho cuidadito con él, recomendó. Y no te creas nada de lo que te diga.

Eva alzó la nariz, advirtió que todo el mundo la observaba en silencio y abandonó el restaurante seguida por su lacayo. Gradualmente, el volumen de los diálogos fue recobrando su hispánica, vocinglera normalidad.

Las vuelves locas, ¿eh? le dijo la rubia a Ismael, equidistante entre la perplejidad y la jactancia.

Os juro por mi honor que yo no sabía nada de todo esto. Yo era un buen alquimista, y le había prometido a mi padre en Villanueva de los Infantes que jamás interferiría en la vida de nadie. Pero, qué cuernos, yo sólo había intentado restaurar la tranquilidad perdida. Me traicionó mi orgullo sapiencial, lo confieso, y tal vez pequé de prepotente. En mi defensa alegaré que esos días sufría una lacerante orquitis. Al día siguiente la rubia volvió a su país. Ismael trabajó en el libro holandés sobre la eutanasia y al atardecer acudió a “La Prestancia”, donde Aruba, con poca clientela, fumaba junto al fregadero.

Te debo una, *sadikhi*, dijo Ismael, guiñando un ojo.

¡Alá castigue tu ingratitud! se felicitó el egipcio.

Aunque me sucedió algo muy curioso...

¿Gatillazo? preguntó Aruba, mientras escanciaba una copa de manzanilla.

No, no. Estábamos en un restaurante, y... es difícil de explicar... Una tía que estaba buenísima se acercó y... creo que me ha confundido con un ex-novio suyo... o algo así...

Todos los tontos tenéis suerte, se reía Aruba, fingiendo desesperarse.

De pronto se abrió la puerta de “La Prestancia”, y las miradas masculinas se volvieron al unísono para admirar a la recién llegada.

La suerte que tengo, *sadikhi*, dijo Ismael apurando su copa y sonriendo ampliamente. No lo sabes tú bien...

Meciéndose como una pantera, la mujer se acercó a Ismael.

Entonces, ¿no me guardas rencor?

Seguro que no, afirmó Ismael, sonriendo.

Es curioso, pero me gustas más así que hecho un llorica. Si quieres... lo pasado, pasado, y no se hable más. ¿Empezamos desde cero?

Sus ojos brillaban. Ismael se relamía, henchido de gozo. ¡Nunca había sido tan fácil! Afirmó con la cabeza, sin dejar de sonreír. El corazón le latía con fuerza.

Desde cero, repitió él. ¿Cómo te llamas? Ella chasqueó la lengua.

Hijo, mira que eres literal. ¿Así lo traduces todo, tan al pie de la letra? Cuando digo desde cero...

Es que me gustaría saber tu nombre.

Está bien... Ella se rió. Me llamo Eva. ¿Contento?

Mucho.

Arrojó unas monedas sobre la barra, la invitó a cambiar de local con un gesto de la cabeza, y salieron. Aruba se había convertido en una estatua: aún tardó medio minuto en volver a cerrar la boca, abierta por el estupor.

Aquella noche los dos durmieron juntos en casa de Eva. Cuando al día siguiente Ismael regresó a su propio piso, me encontró a mí por las escaleras y, de lo rápido que subía, me propinó un empujón que casi me tira al suelo.

¡Abuelo, a ver si miras por dónde vas!

Aquel niñato ya me estaba cargando. ¿Es necesario que os diga que, una semana más tarde, Eva volvió a abandonarlo? Seguro que ya os lo imaginabais. Y yo creyendo que la vida había vuelto a la normalidad... La normalidad ¿qué es la normalidad? Que me duelan los riñones y me duela la infancia, y que me anuncien que padezco cataratas. Que fallezca Don Agapito, el fitógrafo jubilado del primero derecha, ¿es eso normal? La víspera me había encontrado a su viuda en el portal, y los dos lloramos juntos, cuando recordé que Agapito fue quien me llevó a ver mi primera película

sonora en el Cine Imperial. Qué triste es ser viejo, y ver cómo van muriendo tus antiguos amigos y camaradas, ver cómo van cayendo a tu alrededor igual que soldados en una emboscada, ver cómo poco a poco va cercándote la muerte. Olvidé a mi joven vecino y me di en releer de nuevo la Biblia: “¿Por qué rebelarte contra el fallo del Altísimo? Qué más da, que vivas diez, cien o mil años; en el Hades no hay disputas sobre la duración de la vida” (*Eclo*, 41, 6-7). La viuda de Agapito se marchó a vivir con su nuera en Fuenlabrada y el mismo día del funeral colgó un cartel de “Se vende/Se alquila” como antídoto de la nostalgia. Y al día siguiente del funeral ya no vi el cartel sino a una mujer joven, muy mona, rubia y bajita, metiendo en la casa enseres, cajas con libros y un sofá. La vida seguía. Así es Madrid. Así es el mundo. Ni siquiera te dan tiempo para llorar a tus muertos...

Aquella noche no logré conciliar el sueño por dos razones. La primera porque el recuerdo de Agapito llevándome al Cine Imperial y la relectura de la Biblia me daban ganas de destruir mis alquimias y sentarme en el sillón de mi tristeza a esperar a que la muerte viniera a llevarme. La segunda porque a las tres y pico un llanto agudo y estridente sobresaltó a todo el vecindario. Me asomé al patio interior. No había duda: era el llanto de una criatura y provenía del primero derecha, donde acababa de mudarse aquella joven. A la mañana siguiente no se hablaba de otra cosa: la chica del primero derecha era madre soltera. O separada, o yo qué sé; algo así. Los tiempos han cambiado tanto que ya no sabe uno cómo llamar a las cosas que antes eran tan claras, tan fijas. A mí, que me veía con un pie en la sepultura, ya me daba todo igual. Pero las vecinas mayores andaban soliviantadas. “¡Qué escándalo, qué vergüenza!” Lo cierto era que vivía sola y que el crío no tenía padre.

Me acordé de mi progenitor, y aquel día, pensativo y triste, me entretuve en contemplar el patio de luces desde mi ventana. Mi padre... ¿no habría sido mejor para mí, no haber tenido padre? ¿No habría sido mejor que no me hubiera iniciado por las sendas de la alquimia, de la soledad absoluta, del secreto y la ocultación? ¿No me habría puesto mi padre un peso excesivo sobre los hombros, apartándome de todo concurso humano, de toda vida social, sin mujer, sin hijos, apenas sin amigos, sin diversiones? Estaba enfrascado en estas cavilaciones tan amargas cuando de pronto la joven madre salió a tender ropa al patio. Con mucho cariño colocó al bebé sobre una sillita en un rincón, y mientras tendía le cantaba en voz baja para que no llorara. Mi niño es más bonito que los reales de a ocho, dulce como el caramelo y tierno como el bizcocho. Aunque quizá esas palabras me las imaginara yo y fueran las que solía decirme a mí mi propia madre. Sonriendo como un abuelo enternecido, se me saltaban las lágrimas. De pronto se abrió el portal y alguien entró al patio con violentas pisadas. Miré con atención pero, ay, ya mis cataratas no me permitían ver tan lejos, así que agucé el oído.

Hola, dijo la chica. Soy mujer nueva de primero derecha. Me llamo Lena. ¿Y tú?

Ismael, tu vecino de arriba.

Su voz sonaba penosa y abatida.

¿De dónde eres?

Soy checa, contestó ella. Ésta es mi hija.

Hubo una pausa.

Padre nos ha abandonado.

A mí me ha abandonado mi novia, balbuceó Ismael.

Oh, Dios mío... exclamó ella. Lo siento.

Oh, Dios mío... exclamé yo, en voz baja y desde el tercero derecha. Yo sí que lo siento.

¿Por qué la niña no tiene zapatos? preguntó él.

Yo... dudaba Lena. Soy traductora. Pero no tengo mucho trabajo. Sólo para pagar piso y poco más. Niña no tiene zapato... bueno, tiempo no es frío.

Hubo otra pausa. Oí cómo Ismael se sonaba, porque había llorado.

Oye, Lena, yo también soy traductor. Tengo muchos diccionarios, un día te los enseño, ¿vale? Ahora mira esto. Me han pagado la traducción de un libro holandés sobre la eutanasia. A ti te hace más falta que a mí. Son cien mil pesetas. Toma.

Pero... decía Lena, ahogando un grito. Tú eres loco...

Y se marchó volando. Las lágrimas me desbordaron los ojos, y lloré de algo parecido a la felicidad. Fui tan feliz como si en realidad tuviera hijos. Ése es mi Ismael, murmuré con orgullo. Así que no os extrañará que aquella noche, a eso de las tres, yo saltara de un brinco en la cama al oír de nuevo el estridente llanto de un niño pequeño, y que ni pestañara cuando poco después mi casa vibró con los acordes de una música atronadora. Piensa en mí, piensa en mí, cuando sufras, piensa en mí, y yo me calzaba las zapatillas, cuando quieras, cuando quieras quitarme la vida, me abrochaba la bata y ascendía jadeando (cada día me costaba más trabajito) las escaleras que me separaban de mi joven vecino.

Ah... dijo Ismael aterrorizado, con sus ojos llenos de coñac, al abrirme la puerta.

Hijo mío... musité, despacio, para nada, para nada, para nada, porque acababa de subir las escaleras y me faltaba, para nada me sirve sin ti, el resuello. Hijo mío, tenemos que hablar...

Esta vez será diferente, Ismael, hijo mío, ya verás, esta vez no vamos a cometer los mismos errores, tu párvula boca, que siendo tan niña, me enseñó a pecar, piensa en mí, pero quita ya esa música, jolines, que entre los berridos del checo enano y tu Luz Casal me vais a volver loco. Usted perdone, Don Isaac, usted perdone. Ya me conozco yo tus vaivenes: muy manso en la tribulación y muy arrogante en el éxito. Pues has de ser exactamente al revés, hijo: humilde al vencer y altivo al perder. ¿Lo comprendes? Sí, Don Isaac, lo comprendo. Así me gusta. Y ahora la pregunta clave:

¿quieres olvidar a Eva para siempre? Ismael, hijo mío, qué mal te sienta esa cara de bobo. Ah, pero, ¿usted conoce a Eva?

Una vez sentado en un rincón de mi antecocina, Ismael lo mira todo con ojos abiertos como platos. Le he contado toda la verdad y aún duda, no sabe si creérselo o tomarme por cacaseno. Me observa fijamente mientras preparo el potingue amnésico.

¿Está usted seguro de lo que hace? me pregunta.

¿Tú quieres olvidarte de esa Eva, sí o no?

Sin duda, afirma.

Estupendo. Pero no vamos a cometer el mismo error de la última vez. Hice que quemaras sus fotos, pero ahora vamos a usar esto.

¿Una... cámara portátil?

¿A que es maja? exclamo con orgullo. Y me ha salido baratísima... Voy a grabarte antes de que lo olvides todo. Sólo has de decirle al “nuevo” Ismael que lo ha olvidado todo gracias a mí, y que bajo ningún concepto se le ocurra tratar a ninguna mujer que se llame Eva.

Seguro que pagarán Evas por pecadoras.

Muy ingenioso.

Me preparo a grabarle. Nada puede fallar. Hice pruebas de grabación con el bebé esclavo y salieron perfectas.

Ejem... musita Ismael, y tose. ¿Está grabando ya?

Sí, diantres, está grabando. ¡Empieza ya!

Ismael vuelve a carraspear antes de hablar.

Ejem... hola, Ismael... yo soy tú, como puedes ver. Lo que voy a contarte sin duda te sorprenderá...

¿Es necesario que os diga que otra vez había vuelto a equivocarme? La vida pareció volver a la normalidad, más o menos, después de que Ismael volviera a olvidarlo todo. Lena, la checa, le saludaba cada vez con más cariño, y el niño había dejado de llorar. La canción del “Piensa en mí” tampoco había vuelto a sonar en el vecindario. Por ese lado todo estaba en orden, y me daban ganas de pedir una medalla. Pero Ismael acudió a “La Prestancia” y aquella visita fue lamentable. Su amigo Aruba le miraba con recelo y desilusión.

¿Por qué me miras así? le preguntó Ismael.

Espero que no te vuelvas a liar con Eva.

Una lucecita se encendió en el cerebro del traductor.

Eh, no, descuida. Eso no ocurrirá.

Tú tranquilo, dijo el egipcio. Simplemente, no mires a la derecha.

Al instante, Ismael giró su cabeza a la derecha. A pocos metros de distancia bebían en la barra cuatro hombres y dos mujeres. Una de ellas teñía su pelo de rojo. La otra era morena y miraba a Ismael con ostentosa repulsa. El traductor admiró la belleza de su cuerpo, pero se alegró de no sentir vibrar cuerda alguna en el alma. Volvió los ojos a Aruba.

Yo estoy muy tranquilo.

Así me gusta, se alegró Aruba. Ahora sólo falta que me devuelvas mis cincuenta mil pesetas y ya seré feliz.

Ismael soltó una carcajada burlona.

Sí, hombre, claro. ¿Y por qué no cincuenta mil euros?

Déjate de chorradas, dijo Aruba, y enarcó las cejas. No hagas bromas con el dinero. Ya te han pagado cien mil por el libro sobre eutanasia. Sabes que me debes cincuenta.

Por supuesto que no, protestó Ismael. Yo no he leído una línea sobre eutanasia en mi vida. Y a ti no te debo un duro.

Maldita sea, exclamó Aruba, agarrándolo por las solapas. O me pagas o te abro la cabeza. ¡Es la mitad de mi sueldo y lo saqué de la caja! ¡Me echarán a la calle!

Otra lucecita surgió en un rincón del cerebro.

Espera, Aruba, espera. Perdona, chico, era una broma de mal gusto, lo siento. Mira, ahora mismo voy a un cajero automático, saco las cincuenta y te las doy, ¿de acuerdo?

Más te vale, dijo Aruba, echando chispas.

Ismael saltó a la calle escupiendo blasfemias. Esto es culpa de mi vecino, seguro; si Aruba lo dice es que me las prestó, no hay duda. He quedado como un cerdo. En el banco le esperaba una ingrata sorpresa: no tenía saldo. Aporreó la máquina y se lastimó la mano. Pidió un extracto de los últimos movimientos en su cuenta. Entre reintegros menores, allí estaba: pocos días atrás había sacado ¡doscientas mil pesetas! Pero ¿para qué? Se mordió las uñas. No se acordaba de nada. Corrió a casa. Revolvió cajones y muebles, abrió libros y carpetas, vació todos los bolsillos. Nada. Maldita sea, gritaba, ¿dónde he metido ese dinero? Le oí desesperarse, y esta vez me sentí culpable. Me asomé a la ventana y pensé que aquél era mi hijo adoptado, que no podía fallarle más, como mi padre me había fallado a mí. Que la alquimia desapareciera conmigo de la faz de la tierra después de legarle a mi hijo el piso y los ahorros. Le vi salir cabizbajo al patio. Abrí la boca para llamarle.

Buenas noches, dijo alguien. Pero no era yo. Ismael levantó los ojos y se encontró con Lena, la vecina checa.

Buenas noches, contestó Ismael sin reconocerla.

¿No te acuerdas de mí? dijo ella, sonriendo.

Ya estaba acostumbrado. Suspiró.

Sé que te vas a enfadar, pero... lo cierto es que no, no me acuerdo de ti.

Soy Lena, insistió ella. Vecina de abajo. La chica checa.

Y se echó a reír porque sonaba divertido. Ismael sonrió, pero se encogió de hombros.

Soy traductora, tengo hijo, vivo sola con él. Padre se fue. Tú prestaste diccionario.

Qué bien. ¿A ti también te debo dinero?

Lena le miró, riendo.

¿Cómo es posible que dices eso? No, tú te portaste muy bien conmigo.

¿De verdad? se sorprendió Ismael. Qué raro.

¡Claro! ¡Me diste cien mil pesetas!

¿En serio? Caray, se asombró él. Vaya, es que, verás, tuve un accidente... con el coche de un amigo... Estoy bien, pero me di un golpe muy fuerte en la cabeza, y ahora tengo amnesia. Y no recuerdo ni pizca de los últimos meses.

Lena quedó asombrada.

Así que ahora... la gente tiene que ir recordándome, con paciencia, todas las cosas que he hecho, ¿comprendes?

Comprendo, dijo ella. Yo te prometí que te ayudaría a traducir a Jon Amos Comenius. Era pedagogo checo hereje, muy interesante.

Suena bien.

Lena calló un instante. Clavó sus ojitos claros en mi vecino y sonrió profundamente.

Oye, Ismael ¿y no recuerdas el beso que me diste?

Los dos se miraron en silencio. Me pareció que transcurría mucho tiempo. Las manos me temblaban. Ismael empezó a sonreír.

Creo que sí... murmuró. Pero no estoy seguro...

No te preocupes, dijo ella. Yo te ayudaré.

Y se besaron en el patio.

Entonces la luz de la escalera se apagó, y permanecieron abrazados entre las sombras. Los cabellos rubios de Lena brillaban levemente bajo la cándida luz de la luna, mientras se oía al bebé balbucear en la alcoba con un licor sonoro tan dulce como el trinar del jilguero.